

SARANCE

REVISTA DEL INSTITUTO
OTAVALEÑO DE ANTROPOLOGIA

NUMERO EXTRAORDINARIO I

HOMENAJE POSTUMO

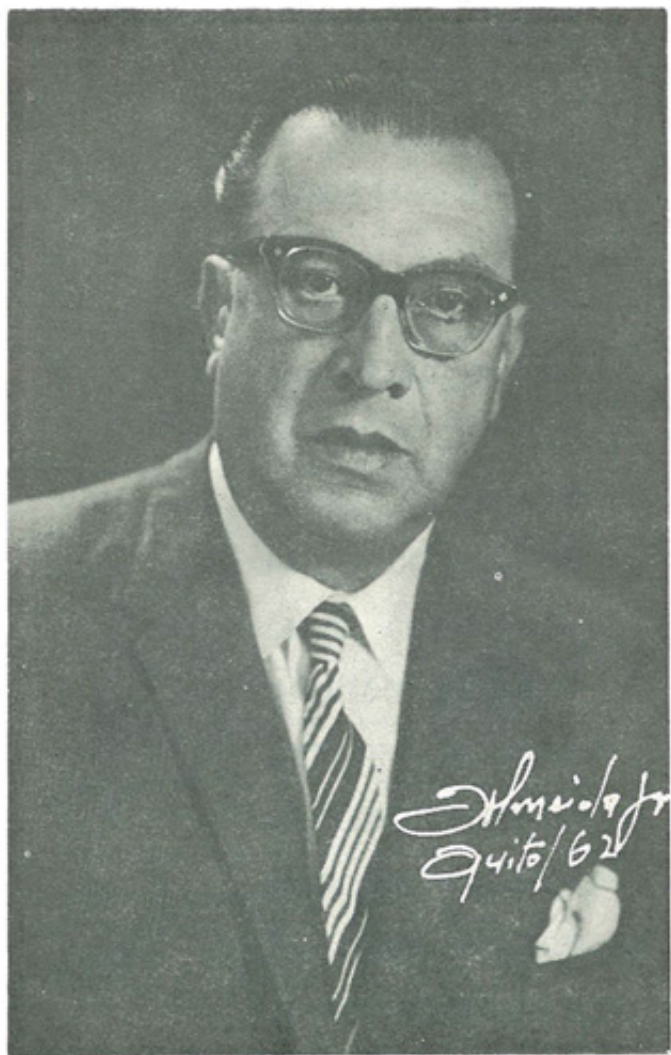
AL DOCTOR

ENRIQUE GARCES CABRERA

1906 - 1976

OTAVALO
JULIO
1976

INSTITUTO OTAVALEÑO DE ANTROPOLOGIA	
I. O. A.	
No de Ingreso...	1979
No de Registro Biblioteca...	
Valor	7.10.00
Fecha	



Homenaje póstumo al Doctor Enrique Garcés Cabrera

PARTICIPAN :

BENJAMIN CARRION

ALEJANDRO CARRION

ALFONSO CISNEROS P.

LAURA DE CRESPO

FERNANDO CHAVEZ

JAIME CHAVEZ G.

RICARDO DESCALZI

GUSTAVO A. JACOME

ALFREDO PAREJA D.

MARCELO VALDOSPINOS R.

EDUARDO VILLACIS M.

JUAN VITERI D.

ALVARO SAN FELIX

Sin elaborar análisis críticos sobre su variada obra, se hacía necesario rendir un homenaje generacional al Dr. Enrique Garcés, por su invariable y ejemplarizadora querencia telúrica a Otavalo y hemos querido rendir ese homenaje con las voces e imágenes de quienes lo conocieron; de quienes, más que nosotros, dicen de su eterna vocación de chagra, de chagritud, que no de chagrería.

El Dr. Enrique Garcés, en vida siempre quiso ir a convertirse en tierra -allpayagrina-; la muerte lo está convirtiendo en polvo -allpayacuna-. Como otavaleños reclamamos el derecho de que un día, convertido ya en tierra, -allpayashca-, retorne para siempre a su Allpa Mama, la tierra otavaleña, mama grande de todos.

Un homenaje justo para quien vivió, con exceso de sueños unas veces -soñador siempre-, con la iluminada presencia de su Taita Imbabura, en permanente y creciente amor a su pueblo, es esta selecta colección de artículos que dan fe de su "enorgullecedora dignidad".

Plutarco Cisneros A.,
Director Ejecutivo

Enrique Garcés, Medico y duende como Espejo.

BENJAMIN CARRION

Era una llama viva. Apenas sonaba el detonante, y él corría a cargo del incendio. Viejo defecto el mío -entre setenta mil- el de soñar despierto, el de fabular proyectos y planes con palabras. Y él, Enrique Garcés, ya estaba caminando el camino de la realización. Tenía los ojos ciegos para la dificultad, para el obstáculo, para ese tremendo, helado y paralizante:

"Pero doctor...

Años trabajó conmigo en la Casa de la Cultura recién nacida, esperanza-da, siempre con los ojos abiertos. Siempre con la mente lúcida y móvil. Siempre con la voluntad lanzada hacia adelante... Y él, Enrique, cargando en sus espaldas poderosas, el peso dramático de los grandes indios:

- Rumiñahui... ¿Por qué endiosamos al matador analfabeto, Benalcázar y humillamos o, por lo menos, olvidamos la víctima gloriosa, Rumiñahui? ... En México -que ambos amábamos y sigo amando yo- se glorifica a Cuathémoc,

"Único héroe a la altura del arte",

según el verso de obsidiana del mayor de sus poetas, Ramón López Velarde, el de "La Suave Patria". Y jamás se endiosa a quienes nos mataron. Creando -¿verdad Octavio Paz?- el término de mayor infamia: el "malinchismo"

-¿Y Espejo? ¿El gran indio Espejo, padre auténtico de nuestra nacionalidad? Era Francisco Chusic, "lechuza". El símbolo del ave que tiene ojos para ver en la noche...

Esos ojos que nos faltan. Y por faltarnos, no podemos ver en esta noche que nos hemos inventado, dentro de la cual vieron claro Miranda, Espejo, Nariño...

De las manos nobilísimas y la mente clara de Humberto Mata Martínez "el ñaño Mata" recibió la Secretaria General de la Casa de la Cultura, a los pocos años de su fundación. Trabajamos juntos. El siempre llegaba las mañanas con los ojos iluminados y las manos ágiles. Y esa generosidad comprensiva para prestar el concurso a las gentes, a todas las gentes, jóvenes y maduras, de izquierda o de derecha, que llegaba a esa fuente de generosidades -la Casa- en busca de comprensión y apoyo.

Como su ídolo inspirador, Enrique era médico. Y a su profesión dedicó, en plan apostolar, gran parte de su mente y de su corazón. Llegó cargado de méritos y de obra, al Decanato de la Facultad de Medicina. Era la madurez fecunda. Era la posibilidad, muy bien aprovechada, de seguir los pasos del mayor de los ecuatorianos de la historia: Espejo, Médico y Duende, como él lo llamara en una biografía insuperable...

Otavalo. ¿Se han fijado ustedes? las gentes de esta región, productora de maestros y el Yamor, pueden acaso ganarse el procerato del amor a su tierra, a su patria chica. ¿Cómo se entregan a su progreso y su prestigio! De allí los maestros, los "enseñadores" de sabiduría para todo el país. De allí los narradores, los investigadores, los exploradores. Me precio de ser -yo que he venido del "último rincón del mundo", patria de la quina, de Carrión Pinzano y Jaramillo Alvarado- el ecuatoriano cuyas amistades mayores, cuyas máximas admiraciones, las ha encontrado en esa tierra de lagos y artesanía.

Pero quiero, casi como anécdota final, recordar a los otavaleños algo que acaso han olvidado: cuando, por arte de nuestra política, en el año 1931, ocupé transitoriamente el Ministerio de Gobierno, el mejor regalo que quise hacerle a Otavalo, fue nombrar a Enrique Garcés Jefe Político de su amada tierra. Tenía apenas pocos años. Era apenas estudiante de Medicina... Y él comprendió la intención y se fue orgulloso a gobernar su ínsula.

En memoria de Enrique Garcés

ALEJANDRO CARRION

Hay quienes parecen haber nacido para morir. En realidad, todos tenemos que morir, pero la muerte no es el objeto principal de nuestra vida. Pero hay, repito, personas cuyo objetivo máximo, sin duda, es el morirse. Van preparándose poco a poco para su fin, cada uno de sus actos allá los conduce, su acción entera no es sino la organización metódica de su propio funeral. En cambio, otros —y de ellos era Enrique Garcés— no sugieren en forma alguna, de acción o de pasión, de pensamiento o de palabra, la idea de la muerte. Pertenecen a la vida, forman en sus filas, para ella trabajan, son parte de su ejército. Sus días se cuentan en minutos de acción, su vida entera es una sola jornada sin reposo. Esas vidas se beben de un trago, se caminan a tranco igual sin regresar a ver, son un solo esfuerzo ininterrumpido, en el que no cabe el desánimo, ni el arrepentimiento, ni el “borra y va de nuevo”.

Escribo en lejanas tierras extranjeras, lamentando la muerte de mi amigo: lo veo claramente con los ojos del afecto, que todo lo acerca, y representándomelo como fue, un manojo de pensamientos, nervios y músculos en perpetua acción, hallo que no puedo creer que esté tendido dentro de un ataúd, bajo la tierra. Simplemente la idea de la muerte, del fin definitivo, no se conviene con su imagen dentro de mi mente. Quien tanta vida tenía, quien la repartía y de-rochaba a manos llenas en su acción incesante, ¿cómo pudo, cómo fue que

murió? ¿qué trampa le tendió la muerte? ¿Cómo lo cogió descuidado?

Yo hablo de la acción incesante de Enrique Garcés y al hacerlo describo íntegramente su presencia en la tierra. Su acción era el perseguir sin término el bienestar de su patria y de su gente, con una generosidad que no reconocía límites, y a la que entregaba su ser completo, su excelente bagaje intelectual, su cultura amplísima, su buen humor inagotable, su cordialidad perpetua. Su religión era el servicio y a él se entregaba como un apóstol, con el claro fanatismo de quien, desnudo de ambiciones estrechas, sólo tiene en el alma la inmensa ambición de servir a su tierra, entendiéndola como reunión de hombres a los cuales hay que hacer el bien.

Enrique Garcés era médico, pero no el médico de consultorio con cobrador a la puerta, ni el cirujano que tiene en la una mano el bisturí y en la otra una estilográfica para que el enfermo firme el cheque. No, Enrique Garcés era el médico que planea el bienestar general y sale al periódico, a la radio, a la TV, a la cátedra, a luchar para hacerlo realidad. El concepto del bienestar general que Enrique Garcés tenía no era, entendámoslo pronto, el de un médico sanitario. No, de ninguna manera. Era el de un bienhechor completo, y junto a la higiene, a la terapia preventiva, a la planeación familiar y a la conservación del ambiente unía la concepción completa de una sociedad en la que la justicia económica no signifique la pérdida de la libertad, sino su logro pleno: era un intelectual socialista, de un socialismo humanista fuertemente arraigado en un corazón donde sólo cabía la bondad.

La acción de Enrique Garcés en gran medida se empleó en la cultura: buscó las raíces de su pueblo en la historia, en la geografía, en la literatura y en las bellas artes, e hizo periodismo y escribió libros y dictó cátedras para sacar conclusiones que desde lo que fue y desde lo que es nos ayuden a comprender nuestra circunstancia y a construir nuestro porvenir. No creo que en su generación haya nadie más entregado a esta gran tarea de pensador, de creador, de divulgador, de actor y conductor, de maestro, en fin.

Nunca desdeñó ni temió la acción inmediata: periodista y dirigente de periodistas; profesor y dirigente universitario, inclusive Decano de Facultad; funcionario del Seguro Social en su Departamento Médico; ejecutivo de la Casa

de la Cultura; funcionario de los Departamentos de Salud; consejero municipal, legislador... estuvo en todas partes donde podía ser útil y jamás pensando en sí mismo. Las ideas generosas, las iniciativas constructivas, o brotaban de él espontáneamente o lo buscaban. En política, siempre estuvo en el lado justo y noble, y cuando soñamos construir un Ecuador que fuera una democracia social permanente y estable, que fuese ese "pequeño pueblo cristiano que trabaje y que lea, que tenga que comer y que sepa vivir" —como lo describió alguna vez Benjamín Carrión—; cuando con los mejores ecuatorianos quisimos construir permanentemente a base del Frente Democrático, allí estuvo él, y junto con él compartimos la amargura de ver a la sana razón triturada por un aluvión de palabras huecas como la muerte y como ella malvadas.

Amor especial entre sus amores fue para Enrique Garcés su tierra chica, su Imbabura blanca y transparente, su Otavalo lleno de actividad y de belleza. Gran parte de su acción se consagró a su tierra chica. Como todo hombre bien nacido comenzaba a amar al Ecuador amando su tierra pequeña y desde ella su inmenso amor se proyectaba sobre la tierra grande con plenitud cabal.

No lo quiere creer la mente y el corazón menos aun, pero hay que rendirse a la dura verdad: Enrique Garcés ha muerto. Al acercarme a su tumba, no tengo otras palabras en mis labios amargos que las que dijo el mayor poeta del habla castellana en grave caso semejante, ante otra tumba igualmente clara e igualmente increíble:

¿Murió... Sólo sabemos
que se nos fue por una senda clara,
diciéndonos: hacedme
un duelo de labores y esperanzas.
Sed buenos y no más, sed lo que he sido
entre vosotros: alma.
Vivid, la vida sigue,
los muertos mueren y las sombras pasan,
lleva quien deja y vive el que ha vivido.
¡Yunques sonad, enmudeced campanas!

Semblanza del Dr. Enrique Garcés C.

ALFONSO CISNEROS P.

Fragmento de la Conferencia dictada en homenaje al doctor Enrique Garcés C.; acto organizado por la Casa de la Cultura, Núcleo de Imbabura, el 22 de abril de 1976.

Mis palabras iniciales para consignar el más sincero agradecimiento al Núcleo de Imbabura de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, por haberme confiado el honroso y delicado encargo de llevar mi palabra, desposeída de méritos suficientes, en este acto que tiene por objeto rendir homenaje a la memoria del ilustre conterráneo doctor Enrique Garcés Cabrera, fallecido en los inicios del presente año, y por haber permitido que se realice aquí, contrariando el veraz deseo de varios de sus distinguidos miembros, para que tenga lugar en la ciudad de Ibarra, por haber realizado sus estudios secundarios en ella y por haber cultivado, con el desbordante calor de su afecto, nobles y dilectas amistades en quienes perdura el recuerdo de su nombre y de su obra, como ejemplo de caballeridad y patriotismo. Mi agradecimiento también para este selecto auditorio que correspondiendo a la invitación del Núcleo, ha querido sumarse con gesto de admiración y simpatía al "Gran Quijote que predicó una Nueva moral; sintetizada en el patriotismo y en su amor enardecido por la tierra.

Hombre múltiple, Enrique Garcés, dotado de una ágil inteligencia y de un espíritu emprendedor, risueño, inquieto, franco y cordial. Su prestancia y su prestigio tan traspasado las fronteras de la Patria. Amante apasionado de su tierra, a toda costa y desde cualquier sitio, luchó por el engrandecimiento material y espiritual de ella. Desde la cátedra y el periodismo, desde la función administrativa y la diplomática, desde la literatura y la medicina, siguiendo el ejemplo de su "médico y duende", Eugenio Espejo, cuya figura le cautivó durante su vida, por sus raíces de barro, sangre y anhelo, particularmente en el campo de la salubridad.

Con el mismo fervor con que le sirvió a su tierra nativa, lo hizo con la Patria toda, y acaso con mayor intensidad, con la ciudad de Quito que le acogió con admiración y afecto durante la mayor parte de su brillante existencia. De ella recibió, no como recompensa porque jamás la buscó, sino como un estímulo para continuar en la brega, honrosas y merecidas distinciones, que constituyen el basamento firme para su egregia figura de ecuatoriano ilustre. Cuánta justicia encierra el homenaje que en recientes días le hiciera el Gobierno Nacional al haber expedido el Ministerio de Salud, atendiendo un pedido de la Unión Nacional de Periodistas, por el cual el Hospital de los Barrios del Sur de Quito, en construcción, se denominará "Enrique Garcés Cabrera", "en reconocimiento a su infatigable labor como defensor del derecho del pueblo ecuatoriano a la salud".

Manuel Enrique Garcés Cabrera nació en esta ciudad de Otavalo, el 6 de Marzo de 1.906. Fueron sus padres don Manuel Garcés, ciudadano respetable, de nobles virtudes, que sirvió a la colectividad en importantes funciones, con acendrado patriotismo y que consagró gran parte de su vida a las actividades agropecuarias en sus propiedades "La Magdalena" y "San Francisco" que adornan la eglógica campiña otavaleña; y doña María Cabrera, virtuosa dama con dinastía espiritual que junto a su esposo, en la casa solariega de la calle "Bolívar", entre la "Morales" y "Salinas", modelaron la personalidad primigenia de sus vástagos: Víctor Gabriel que será luego un destacado jurisconsulto, periodista, sociólogo, escritor, catedrático y magistrado. Manuel Enrique, y Reinaldo, versado éste en ciencias contables, que ha ejercido y ejerce con capacidad y decoro, importantes cargos públicos.

La educación primaria la recibió, luego del ABC en el Asilo de las Hermanas de la Caridad, en la Escuela Superior "Diez de Agosto", con los abnegados maestros don Luis Chacón, don Luis Ubidia Proaño, don Paulino Garcés don Segundo J. Castro, don Luis Bilbao, don Pedro Alfonso Galindo, don Víctor Manuel Toro y otros, bajo la dirección del insigne maestro don Luis Ulpiano de la Torre. Los estudios secundarios, por la falta de colegio en esta localidad, los realizó en el "Teodoro Gómez de la Torre" de la ciudad de Ibarra, regentado entonces por el ilustre ibarreño señor Luis Fernando Villamar, hombre de amplia cultura, insigne matemático y astrólogo de renombre que refutó la predicción del profesor francés Porta, en la segunda década de este siglo, de que el mundo iba a sufrir un tremendo cataclismo que lo destruiría y acabaría con la humanidad, lo cual produjo una terrible psicosis en muchos pueblos de la tierra. La publicación de un opúsculo refutando la fatal predicción por parte del sabio Villamar, tuvo eco en los cenáculos científicos de Francia que reconocieron sus vastos conocimientos en la materia, pese a no disponer de los recursos suficientes para el cultivo de tan difícil disciplina. Junto a él colaboraron maestros prestigiosos como don Víctor Manuel Guzmán, don Nicolás Hidalgo y el Doctor Joaquín Sandoval, para satisfacción nuestra aquí presente, caballero de exquisita cultura, de fino y delicado trato, de sentimientos nobles y palabra autorizada, que constituye un timbre de orgullo del ibarreñismo.

Cruzaban entonces en las aulas del "Teodoro Gómez de la Torre" los estudiantes otavaleños Víctor Gabriel, Enrique y Reinaldo Garcés, Luis Enrique Cisneros, Jorge Ubidia Betancourth y Luis Alberto Gómez Valencia. Es entonces donde nuestro homenajado manifestó su afición al periodismo, con la colaboración de su hermano Víctor Gabriel y de sus entrañables compañeros y amigos Alfredo Rosales y Armando Andrade, dirigió el periódico estudiantil "El Atisbador", para consagrarse con el correr de los años al periodismo en el cual tuvo sitio de reconocido prestigio "dando salida artística y oportuna a esa mezcla de humor y de ironía que fue tan personal en él", convirtiéndose en un periodista de combate y creador de las "Instantáneas" de placer intenso que desde el desaparecido Diario "El Día" de la Capital, de grata recordación para los ecuatorianos, hacían la felicidad de todos los lectores.

Finalizada la etapa secundaria, los estudios superiores los realizó en la

Universidad Central, como alumno de la Facultad de Medicina hasta obtener el correspondiente título académico para luego realizar estudios de post-gradó en la Madre Patria. El ambiente capitalino fue propicio para que Enrique Garcés diera amplio vuelo a sus afanes de cultura y cuando retornaba al solar nativo, al calor de su hogar y de su ciudad, participaba entusiastamente en la actividades culturales y sociales de esa alta tribuna del pensamiento otavaleño que se llamó "Liga José Vasconcelos" que irradió su luz por los confines de la Patria y de varios países del Continente. Se enrolaban con ella cerebros vigorosos y fecundos que constituyen varios de ellos hasta nuestros días, la vanguardia cultural de la tierra otavaleña, fecundada en la segunda década del siglo en que vivimos: Aurelio Ubidia, Fernando Chávez, Francisco Moncayo, Víctor Gabriel, Enrique y Reinaldo Garcés, Víctor Alejandro Jaramillo, Luis Enrique Cisneros, José Ignacio Narváez, Luis Alberto Gómez Valencia y otros ilustres otavaleños que a través de la tribuna, de los periódicos "Germen" y "Adelante" y de la Revista "Imbabura", bregaron con fe y optimismo por el progreso de Otavalo y de la Provincia y por el bienestar de sus habitantes, siendo una de sus mejores cosechas la obra del Ferrocarril del Norte en el tramo Quito-Ibarra.

La capacidad y el afán de servicio de Enrique Garcés los puso de manifiesto en el desempeño eficiente de varias y delicadas funciones: Director de Higiene Municipal de Quito. Director General de Sanidad de la Zona Central, Consejero Médico del Instituto Ecuatoriano de Seguridad Social, Director General de los Servicios Médicos del mismo, Secretario General de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Adjunto Cultural de la Embajada del Ecuador en México, profesor de los colegios Mejía y Militar Eloy Alfaro, profesor del Instituto Nacional de Policía, profesor y decano de la Facultad de Medicina de la Universidad Central, Subsecretario de Educación, periodista de los diarios El Día, El Sol y Diario del Ecuador, con el pseudónimo de Tupac-Amaru, Presidente de la Unión Nacional de Periodistas, etc. etc.

Recordando a Enrique Garcés

LAURA DE CRESPO

Enrique Garcés el amigo y el compañero de trabajo de tantos años viene a la memoria, fresco y dinámico como prefiero recordarlo. Vuelve en el recuerdo hasta el tono de su voz cuando quería algo, ya! , urgente! , hoy! , ya mismo! Qué bien le habría venido para sus prisas que las cosas se hubieran hecho por arte de magia; de poderlo, habría utilizado hasta los embrujamientos de su tierra para que todo marchara a la misma velocidad de su pensamiento.

Nacidas de esas urgencias han quedado plasmadas en realidades muchas empresas como aquella de la "Exposición permanente del libro ecuatoriano", que se pudo admirar en su tiempo en todos los corredores de la Casa de la Cultura Ecuatoriana y que más tarde se tuvo que recoger porque sus volúmenes sobrepasaban el espacio disponible, tal fue la respuesta de los autores ecuatorianos al llamado de Enrique y gracias a él, buena parte del fondo bibliográfico nacional de esta Biblioteca de la CCE, cuenta con obras valiosas e inhallables.

Otro día amaneció con la ilusión de reunir, en sitio principal, las grandes figuras indígenas americanas y ahí tenemos el resultado de la plaza Indoa-mérica; eso era para él una afirmación más en su valoración de lo indígena que luego se traduce en sus libros: "Rumiñahui", "Espejo", "Daquilema", hechos con pasión. Pero el enamorado de la historia no se detiene ahí, va con su fina sensibilidad poética a estudiar a: Sor Juana Inés de la Cruz; a Isabel La Católica, a quien sitúa, en su admiración, entre dos grandes caballeros: el Cid Campeador y el Quijote; a Marietta de Veintimilla, mujer desusada para su tiempo,

que cautivó también a Enrique, quien la siguió apasionadamente, desafiando el oleaje embravecido de esa vida y de esa figura combatiente que ha dejado para siempre en nuestra historia marcada su impronta. Enrique la re-crea ante nuestros ojos y, al terminar el libro, nos parece verla en esa arrogante pose de generala uniformada con todas las galas femeninas.

Y, así, la enriquecida vida de Garcés no tuvo reposo y fue dejando parte de ella en el diario, en la cátedra, en el libro y en las instituciones en que actuó. De su paso por la Casa de la Cultura como Secretario General, queda, aparte de la obra profunda, el recuerdo vivo entre los amigos que supimos apreciarle. Yo prefiero recordarlo como era entonces, ya que me impresionó mucho verlo en los últimos tiempos; comparaba su agresividad cariñosa de aquellos días y, lo veía ahora envuelto en la suave y amarga hora de las nostalgias y las desilusiones. Esa hora final que felizmente estuvo iluminada por la grácil figura de María, su mujer.

Enrique Garcés

FERNANDO CHAVEZ

La vida de Enrique Garcés, el "loco Garcés", bien merece un ensayo. Un largo ensayo fervoroso y alegre, con recodos y cascadas, con aleaje brillante y remanso de sueño, velados por el pudor y la fertilidad. Como él era: apresurado y sin embargo prolijo, embriagado de anhelos inmensos y propenso al desencanto de la madurez en las horas íntimas. Su vida fue una vida difícilmente ejemplar; pero de recomenzar, él no la habría deseado de otro modo. Por lo arbitrario y excesivamente sonora de unos años y el silencio repleto de ironía, casi mordacidad de otros. Todo eso habría que recogerlo y explicarlo, poniéndolo o explicándolo a las varias luces del comentario apasionado.

Habría que hacerlo a tiempo porque han desmonetizado a la alegría, al impulso directo, un tanto alocado pero ganoso de construcción y hasta de eternidad. Porque han sustituido a las calidades humanas espontáneas y bullentes, pero ciertas, con una apariencia de seriedad ficticia, con una capa frágil de cientificismo que se adormece en los detalles intrascendentes mientras pierde de vista los grandes asuntos que ahí están, intocados y de bulto, estrangulando nuestra exigua vida biológica y mental porque no se llega a conclusiones y éstas son, o desmesuradas o medrosas. Han traído, después de traducirlos mal, métodos extraños, sistemas acres y angulosos, modos de extraer dinero, forzosos en sociedades viejas que escatiman todo al futuro cuando no es el propio. Con las consiguientes obediencias atemorizadas por la pérdida de la comodidad burocrática y las simulaciones de labor que luego solamente ocultan unos dilemas y conflictos con otros. Han traído las reglamentaciones detallistas y

solapadas que quedan imperantes porque no hay gentes que las vivan, ni voluntades que en el fondo las acaten y les den vigencia. Se olvida que una sociedad fresca y cargada de posibilidades, metas y urgencias requiere espacio libre para la inteligencia y la voluntad al servicio de una idea nacional, pero una idea de hoy, sin trasnochamiento, pero tampoco con quimeras que cortan la decisión de actuar y se anegan en la visión irreal de lo casi perfecto, o casi justo.

La mente que se ampara en la visión neta de las cosas, problemas y deberes para guiar su acción voluntariosa y cálida es vista hoy con mirada preñada de sospechas. Es una meta libre, por tanto indigna de confianza. Ella no se someterá nunca a las reglas copiadas de otros modos de vivir y de pensar.

Al seguir el curso de la vida de Enrique habría que hacer la apología del entusiasmo, pasar por el mea-culpa un tanto penoso del apresuramiento que casi nunca es ineficaz de verdad como lo son la lentitud y la complicación tramposa. Las grandes cosas por hacer en este pueblo y para este pueblo que solamente vive de esperanzas ahí están intactas porque entre nosotros se siente únicamente la solidaridad en el tumulto, cuando no en el desmán.

La fluencia de la actividad múltiple, el acometimiento de empresas varias, todas nobles, y sagaces no cuentan porque no aspiran a forjar prestigios ni a elaborar estadísticas mentirosas e inútiles de toda inutilidad. Está de moda trazar organigramas y cronogramas que confunden a los mismos que los dibujan luego de pasados los minutos de euforia planificadora porque no parten de lo real y encubren concepciones vagas. Los espíritus que se autodenominan concretos se pierden en el laberinto de las cosas indóciles y de las ideas ciegas, no acomodadas todavía a nuestra realidad, porque les falta la visión de arriba, el entendimiento superior de las cuestiones esenciales que atañen a una humanidad hecha de instintos y de arranques espirituales, de tendencias y de luchas con los objetos del contorno, en dosis particulares, poco semejantes a las que sustentan otros hombres.

El tiempo vital de Enrique Garcés era otro y no entenderán jamás los que vilependian la frescura del alma, la donación espontánea y súbita del esfuerzo y de la devoción, no lo entenderán los que no aprecian la mirada lim-

pia que cataliza lo nuestro y lo exalta, valorándolo con prescindencia de los baremos importados y hasta por encima de ellos.

Como ya se comienza a recordar a Enrique Garcés cualquier testimonio adquiere valor. Para mí, recordar a Enrique es como golpearse la cabeza contra un deber ingente no cumplido, una obligación que ha quedado enunciada sin que sus servidores la hayan llevado a la realidad. Ni él mismo, con todo su fervor de llama, con todo su entusiasmo desbordante de eterno novicio, con su arbitraria auto-disciplina de hombre inquieto que se sabe con vida limitada y tarea innumerable, hizo su parte que sin duda era la principal porque él sí sabía contar.

Enrique Garcés pertenece a una generación surgida de un pueblo pequeño como fruto de una siembra paciente, silenciosa y humilde que algún día tendrá su cronista porque en verdad lo merece. En ese grupo otavaleño de jóvenes diferentes pero concordantes en las metas sociales y en la ansiedad por el trabajo intelectual disciplinado y severo. Enrique encarna el ardor de la sangre nueva, la casi irreflexión del entusiasta quemado por el embrujo de la acción. Así quedará marcado hasta mucho después, cuando su preparación cobra vigor y su trabajo se decanta.

La obra de esa generación pudo ser parca, como lo es toda obra humana original que se aplica a la forma de un destino, a la iluminación de caminos en sombra y desde lo alto, no solamente a ras del suelo. Pero existió y sus consecuencias van a aflorar un día para afirmar su latencia y quién sabe si su profundidad. Para desconuelo -naturalmente- de los muchos que viniendo por su huella después han creído que era de su deber y de su incumbencia biológica desconocer lo hecho para hozar en los despojos. Como si sobre una plataforma ya bien trabada no aconsejara la cordura erguir la obra nueva como continuación de la entregada, nunca como cimiento y menos conclusión o remate. Esta economía sistemática del esfuerzo intelectual librado ya por personas o grupos, es ignorada de modo reincidente entre nosotros. Se abusa de que casi nadie hilvana recuerdos ni fundamenta memorias para con alardes de trabajo propio presentar por la milésima vez, las hilachas de vestiduras ajenas que se desgarró con hipocresía o cinismo.

Es bueno resistir al atractivo de la prédica de los deberes ajenos, en tanto que parece saludable confesar lo que no asoma del deber propio. Enrique y sus amigos efectuaron su labor con dedicación y entrega total. Solamente así pudo esa labor de ámbito diminuto superar las desconfianzas y los escepticismos para rebasar el estrecho marco espacial de una sociedad tranquila en su soledad. Pero, repito, si la obra era exigua, su aliento era valioso. De allí que la obligación de esos hombres, su tarea mayor era registrar los hitos de ese empeño, poner al descubierto los puros resortes íntimos de ese empecinamiento juvenil por rescatar lo rescatable de la tradición soterrada de un pueblo y de sus gentes, para empujarlos por una senda que desenvolvía la antigua, que era la propia pero que desconocían, unos por pusilanimidad de mestizos, los más por sumisión a los prejuicios de religión, del dinero o de la simple comodidad del no hacer nada o cuando más bisbisear el rosario disfrazándolo de denuesto y de queja airada.

Juzgar ateniéndose únicamente a los resultados puede ser razonable, hasta científico, pero es egoísta y profundamente injusto cuando se apunta a una obra de intención espiritual colectiva, porque no se atiende a la dura realidad del sacrificio del que hace algo, con medios limitados y en ambiente indiferente cuando no hostil, llevado sólo por su anhelo de mejora. Además ese juicio que mide resultados es actitud calculadora porque introduce en la aptitud humana de apreciar el afán de otros hombres la noción de utilidad que ya Maquiavelo denunciaba como no perteneciente al reino fugaz de la moralidad. Es una obra de enderezamiento psíquico, de resurrección anímica de seres hundidos en la suspicacia y la modorra heredadas y en el qué me importa siempre actual, los resultados no son visibles, y es claro, se resisten a la medida, al prurito matemático que acomete a algunos jueces que se nombran a sí mismos para esa función y que no tolerarían que se mldiera su esfuerzo y de antemano se calibraran sus herramientas que son las de su hora, así como fueron de su tiempo las que usaron aquellos que son juzgados despiadadamente o más bien procesados por haber sido generosos. En este campo hasta los mismos que se benefician con la nueva actitud, con la puesta en pie y en postura varonil individual y de grupo, no saben la oculta raíz de su comportamiento desenfadado. En veces duele decirlo, pero hay que hacerlo, quisieran negar el ovillo del hilo que

liga su conciencia a otras. el lejano hontanar del que ha brotado su rebeldía de hoy que es tan característica de su conjunto humano, ese aplomo actual de hombres venidos a la existencia común con caracteres personales propios, inalienables, su erguimiento cabal y firme porque está sostenida por un baño vitalizador en las aguas de la historia, en la verdad sencilla del proceso de mezcla de razas y de forcejeo de culturas combatientes y forzosamente fraternas para el alumbramiento de una definición vital, localista primero y luego nacional.

Enrique Garcés y casi todos sus amigos debieron relatar por lo menudo cuánto pensaron desde 1920 hasta los años finales de la década del 30, cómo rumiaron sus sueños y cómo dieron vigencia a algunos. Pero no se dieron tiempo. Las briznas de su entusiasmo ya un tanto cubiertas de ceniza por el correr del calendario reclamaban cada vez con más frecuencia un alegre impulso sentimental para brillar momentáneamente. Y quién sabe si su humorismo nato y de buena herencia no reducía las dimensiones de ese tráfago juvenil ya antigua quitándole valor y significado actuales, justificando así más bien su olvido. De otro lado, Enrique sabía que su obligación era pesada y como tantos otros la soslayó por modestia, por poca confianza en su propio esfuerzo, y tal vez también por convicción interna de que esa labor y las actitudes y hechos que ella exigió eran simplemente los debidos. Llevaban pues en sí mismos su justificación y su virtud sin que fueran procedentes la remembranza ni el análisis. Eran estados de alma y tareas cumplidas briosamente en una coparticipación gozosa. Por eso brotaban cargados de visión anticipada y de fruto en camino. Por eso las guiaba una rabiosa prisa por hacer y dignificar el presente. Pero después, ya desvaídos y en un pretérito cada día con menos lustre, tal vez no tenían derecho a la recreación en una página de evocación personalista y un poco defensiva.

Los miembros de ese grupo sabían que la base de la historia y la explicación próxima de la postración de estos núcleos de población y del conjunto eran principalmente económicas, pero el fenómeno político de segregación, de segmentación diríamos mejor, y la exclusión social habían jugado un papel preponderante de frenos de un impulso cultural débil que memospreciaba lo propio de modo tenaz y vergonzante. De allí la existencia adjunta de dos países impermeabilizados en lo esencial que retenía a toda una nación y la presentaba

añeja, retardada, sin fibra. presa fácil de los vecinos. La educación, consiguiientemente, era mantenida maniatada y al margen. casi de simple, angustiada espectadora del drama social y económico, de apariencia irremediable, en que vegetaban los conglomerados raciales cohabitantes de un suelo desconocido, mal explotado. agrio para el trabajo, reacio a la comunicación.

Así adquiriría perfiles bastante precisos el deber de esa generación en los planos del pensamiento y de la acción redentora. Había primeramente que enderezar al hombre, ponerle de pie como tal, sacudir su pureza mental, romper su costra de aislamiento atrabiliario y cauteloso en demasía, obligarle a ciertas participaciones sociales que despertaran sus latentes intereses y tendencias colectivistas, darle en fin un sentido, en lo posible auténticamente mestizo y ecuatoriano a esa vida pueblerina y angosta que era la suya. Una vida que podía adquirir color, significación y vuelo si se hurgaba en sus propios valores y excelencias, uniendo las capacidades y encauzando las inclinaciones. A esa tarea se dedicó todo un grupo durante varios años. Y es curioso que después no pudiera o no quisiera defender de la escoba ignara o egotista los hitos que plantó con tanto desinterés y con tanta juvenil alegría.

Ese grupo inconforme y beligerante vio claro el drama de la mínima circunstancia de su pueblo y se puso a buscar la enmienda. Era tan sólo la convivencia material y amputada de ideales de grupos humanos disímiles y solapadamente adversos. Había que elegir entre los valores estimados y captados pobremente por esas fracciones del cuerpo y del alma nacional. Ellos se decidieron por el indio, al término de largas, ásperas discusiones y no pocas vacilaciones. Contra la opinión, claro está, de los mayores que habían eludido, negado y cubierto de aprobio al indio después de atarlo y explotarlo. De entre ellos irrumpió la herejía de discutir e incrementar en tono más que polémico la posición iberista de Gonzalo Zaldumbide, en 1925. Le tacharon de hispanizante y de retardado en los conceptos sociales y no olvidaron de señalar la fuente de su actitud: el privilegio y la captación incompleta de la realidad ecuatoriana profunda. Ellos hallaron que la superficial pulidez de esta sección de humanidad no es la más importante ni será la más durable en una raza que enrojecía ya a ojos vistas. Lo indio y lo mestizo perdurarán. porque son el fondo, la masa y la cantidad mayor y porque aparecen apenas se rasca un poco el esmalte de

civilización, cortés a sus horas y vivaracha que los recubren en cada caso individual. Para ellos era el país oscuro, maloliente y bastante tosco que tenía que ser la base de la edificación futura de una nación unitaria, resuelta, consciente de sus metas. Por ello vieron en las brumas, en las flores y en las bestezuelas del páramo los objetos de la visión y el canto de los que podían manejar una pluma o un pincel. Por ellos supieron que había que empujar el barro humano que existía porque otro no estaba a la mano y había que dejar para otra sazón las ensoñaciones evocadoras de un pasado hecho realmente por evadidos, analfabetos y codiciosos.

Para esas gentes febriles que mordían con impaciencia la norma vetusta la misión de la escuela aparecía incumplida porque no alcanzaba para todos y no llegaba a muchos con intensidad suficiente y densidad satisfactoria y además ya no era de esa época; el colegio no tenía ligazón con el mundo y era en el fondo privilegio de los con dinero, y la universidad a más de elitista no planteaba los problemas nacionales, los económicos, sociales y tecnológicos con la necesaria acuidad ni la indispensable tecnicidad. Por eso, o a causa de eso, soñaron la reforma del conjunto, dotando a todo él de un espíritu de trabajo decidido y sincero. La tarea de la propia documentación ya había comenzado hacía tiempo. Uno de ellos era un tipo desvelado e insomne que buscaba con ansia y por los cuatro puntos cardinales los materiales que les podían servir para el propósito de demoler lo viejo, pausadamente, mientras se planeaba lo nuevo y se echaban sus cimientos bien adentro.

Ellos querían una escuela abierta y con ímpetu social y la tuvieron, un colegio o escuela secundaria ramificado y audaz, una universidad científica y actual, menos politizada pero bastante más útil y arraigada en la sociedad de la que nace y a la cual debe servir, como brújula, como herramienta y hasta como ariete, en ciertas horas. Practicaron la extensión de la biblioteca, el aula, sin muros y sin puertas en cualquier sitio agradable, para niños y adultos; la conferencia ligera y con objetos o ilustraciones; el discurso encendido a veces y la acción organizadora de clubes, sociedades, núcleos para fiestas, conmemoraciones, labores colectivas, con frecuencia. En todos los aspectos de la vida de la pequeña ciudad siempre estuvieron presentes porque no transigían con la manía de selección y de separación de los que reciben instrucción más alta,

la que es producto únicamente de una oportunidad que no llega para todos. La solidez y la severidad del estudio les parecían esenciales y eran exigentes consigo mismo para poder indignarse con la escuela insegura, el colegio enciclopédico y pedante y la universidad teórica, sin alcance popular y tempranamente burocratizada.

Ellos hicieron ya en 1923 propaganda de un ideario socialista bastante bien definido en la mayor y principal parte, la participación política y los derechos de la educación y la cultura. Plantearon el problema del indio, de lo indio, solera de la nacionalidad, del mestizo y sus indecisiones contemporizadoras; el de la mujer excluida, a la que pidieron colaboración en el trabajo social, desafiando los prejuicios; el de la insuficiencia práctica y teórica de la escuela; el del costo de la educación aumentado por la deserción del escolar tempranamente reclutado para las filas del trabajo; el de la profundización, diversificación y orientación de las artesanías, venidas tan a menos a pesar de su no lejano apogeo en el pueblo. Se ocuparon de atraer al indio a la escuela y al taller y se hizo la defensa de esa incorporación; también del trabajo de los jóvenes, que salen de la escuela por edad y de los que no engranan en el colegio o en la universidad. No olvidaron la parte estética de la vida: el arte escénico, la poesía, la música, el baile, la pintura. Hasta hicieron periódico y les falló un intento de editorial casi en la culminación.

Hicieron lo que creveron que les estaba asignado, utilizando toda su energía en un período que duró casi una década. En ese tiempo de trabajo hasta vehemente nunca pensaron en el registro de la acción. Después tampoco, y olvidaron del todo lo que debieron hacer primordialmente todos y cada uno de los números de esa generación con disciplina interna y sin jefe reconocido. Ese grupo humano casi agotó su deber comunal y luego se dispersó cuando más valía su contribución, cuando su apegamiento a la senda iniciada habría sido más valiosamente ejemplar que los hechos del comienzo. Se dispersó sin recoger la teoría de su esfuerzo, sin hacer la interpretación de su anhelo ni la exégesis de su empeño.

Enrique se fue sin contar la historia íntima de su generación, de sus afanes colectivos, de los que ya no quedaba traza visible. Antes se había marchado, discreto y selecto, su hermano Gabriel, quien domó siempre, con me-

fistofélica sonrisa, y quién sabe por qué graves y secretas razones, al aguijón del recuerdo de la emoción de grupo, en la que tanto y tan bien participó, sin medidas ni trabas. Poco después, se alejó también Guillermo Garzón, pleno de memorias el cerebro y tal vez picado por el remordimiento, pues fue el primero en desligarse de ese haz de voluntades tensas y limpias. Después, pero antes de Enrique, se había alejado, metido en un capullo de desdeñoso aislamiento, Francisco Moncayo. El sí se puso a recordar, pero, inexplicablemente, de cosas y personas externas al contexto de la línea de ideas y actos de su propia generación. Probablemente Moncayo deploraba no haber realizado la obra personal que él sabía que podía realizar, esa escultura de sí mismo con proyección a los ámbitos que tan profunda y ávidamente explorara y escudriñara. Pero se rehusó ante ese deber llevado por no se qué malignos e injustos pudores.

Enrique Garcés dio siempre rienda suelta a su temperamento afiebrado y vehemente. Ignoró en toda ocasión la rigidez de la norma y de las reglas en lo que tienen de paralizador del impulso generoso, impulso que acaso nunca debiera ser retenido. Le quemaban las ideas justas y se ponía a perseguirlas en una práctica rebelde, no pocas veces en vano porque no afilaba tranquilamente y con tiento las herramientas del trabajo. En sus empeños se encontraba con los hechos mínimos y se hundía en la tarea inmensa de mejorarlos cada vez que esa mejora se traducía, o se traduciría, en bienestar para muchos y desvalidos seres. Y claro, en la bifurcación de caminos se le desvanecía la meta primera. Pero ahí quedaba patente el ahinco del laborioso.

Un tiempo largo le retuvieron los horizontes de la medicina social aplicada, las finas minucias de la protección del niño que en tantos años de cacareo idealista ha sido relegado por el afán guerrero, la ventaja partidista y por la desorientación egoísta y codiciosa de los individuos. Pobre niño, amado y soñado por Enrique, de símbolo y de ícono de una época ha pasado a ser un estorbo en la marcha a la comodidad -a la civilización- de los marginados, la impedi-menta biológica, económica y moral de "los hijos de Sánchez" que en estos tiempos buscan más bien el gozo, o siquiera el olvido, en el anonadamiento y en la inopia. El niño que era el por qué de una vida penosa ha perdido su trono porque el número, porque la economía, porque las quiebras y la impotencia de la pedagogía oficial empantanada, las indecisiones y complicaciones de las

leyes que sienten como un problema obsesivo, como la viva presencia de una norma y una obligación que hay que olvidar y repudiar, pues trae responsabilidades, congojas y cavilaciones, al mismo tiempo que la prisa y el trajín acezante de la vida personal reclaman mucho y cada vez más.

Enrique Garcés amó el teatro, reflejo de la vida, pero no persistió porque el ambiente elimina hasta las vocaciones más fuertes. Del reportaje periodístico pasó a la biografía de personajes excelsos y ejemplares, de vidas ceñidas a un fin dominador y poderoso. En ellos sentía la contrapartida de su propia existencia urgida de tantas curiosidades. En el periodismo se detuvo más tiempo. Los temas palpitantes corrieron bajo su pluma ágil, incisiva, informada y liviana. Dio vida al párrafo corto, intencionado y con una gota amable de humor ligero y cordial. Sus incursiones por la historia le donaron un seudónimo de resonancias indias.

Enseñar y predicar en el desierto fueron actividades que centraron constantemente el espíritu disperso por poderoso de Enrique Garcés, en apariencia poco constante por copia de generosidad, un tanto mariposeador por reconocimiento opresor de una misión humana siempre pendiente que se ramifica y escurre por mil senderos a cual más tentador. Por eso tal vez, que representa mucho en el aporte firme y de precio, junto a su variedad, de Enrique a su pueblo y a su gente, no dedicó, en los años del remanso, algunas horas al recuerdo de su camino propio que era a la vez común para un grupo, a la narración coloreada y jubilosa del itinerario mental, pasional y de hechos de emprendimientos y de frustraciones. Y eso, no pasó de proyecto.

El silencio de Enrique sobre su juventud aumenta mi obligación de recordarla. Largas páginas reclama la evocación de los sentimientos y el análisis de la afinidad laboriosa de los jóvenes otavaleños que vivieron en su terruño y para él en la década del 20 al 30, debe contarse un poco de las actitudes de desprendimiento personal en pro de lo colectivo de todos ellos, de su intensa y desvelada búsqueda de cimientos ideológicos para su postura política y su actividad social. Ahora se que a mí tampoco me queda tiempo para la recordación. El buceo en profundidad de esas almas, el examen directo y al trasluz de las confesiones de esos espíritus habría sido valioso porque esas gentes pertenecieron fielmente a su tiempo y lealmente bregaron por cambiarlo, pero para darle metas mayoritarias y floraciones de vario reflejo y proyección durable. Pero nada

se hizo, ni siquiera se esbozaron los testimonios personales, menos podían intentarse el análisis y la interpretación de ese tiempo, sus gentes y su pensamiento y acción. Los que vienen no contarán con materiales ni siquiera para una valoración exenta de rencor y de regateo de virtudes y calidades. Nuestras gentes ni siquiera narraron lo externo, lo que debía dejarse como una escarapela que, desvaída por los años, guardaría su simbolismo, para solaz de algún buen espíritu o de un grupo que sintiera la ansiedad de entrar en el pasado reciente y el desasosiego de no saber lo que pasó en cierto tiempo en su pueblo, lo que sacudió las conciencias y motivó un cambio espiritual de grandes proporciones, por obra de una juventud herética y universalista, al par que fanática en su amor a la tierra propia. Eso mismo que ahora está olvidado y que permanece inexplicado por disimulo jactancioso podía cobrar dimensiones de ejemplo. Dejaría de ser un tiempo confuso y remoto para convertirse en un gallardete estimulante, un acicate de hoy para tareas fundamentales cuyo rumbo quedó desbrozado hace bastantes años. Esas tareas nuevas cuajarán si las nutre el desinterés y si los realmente valiosos rechazan la intromisión y las maniobras hacia el endiosamiento personal de gentes hábiles en la siembra de cizaña a costa de la amplitud y la veracidad de la labor de los mejores.

Enrique Garcés, se ha ido sin poner las cosas en su punto en la parte que le tocaba. El con su don de generosidad y de alegría primordial y permanente pudo rehacer el cuaderno de bitácora de la navegación de sus amigos. Como él, se irán también los pocos que restan. Sin dejar el testimonio de vidas vividas intensa y noblemente porque fueron dedicadas al servicio social, en un largo esfuerzo juvenil y comunitario de una intención y sinceridad ejemplares, de una aplicación agotadora y libre de todo su saber -poco o mucho- a la búsqueda tenaz de un sentido popular, de un destino común, de la vocación honda de toda una comarca para emplearlos en su propio y bien fincado engrandecimiento y en la ejecución de su deber total e integrador dentro del conjunto. Eso no más. Esas gentes se fueron o se irán, acabada su jornada, sin que nunca les importara el bilioso desconocimiento de los otros y sin que nunca solicitaran el oropel o el incienso inmerecidos. O la solidaridad de la adhesión merecida, pero tardía y casi siempre insincera. A esos hombres, antes como ahora, les faltó publicidad y les sobró el recato. Se absorbieron en su trabajo hasta el momento de abandonarlo en pos de uno nuevo y mayor. Asimismo, sin propaganda y sin alardes.

Añoranzas, recuerdos, evocaciones

JAIME CHAVEZ G.

Conocí a los hermanos Garcés de Otavalo -Gabriel, Enrique, Reinaldo- hace muchos años e hice con ellos una amistad incomparable. Gabriel y Enrique, luego de obtener en un colegio de Ibarra el título de bachilleres, vinieron a Quito a fin de cursar en la Facultad de Jurisprudencia de la Universidad Central el uno y en la Facultad de Medicina el otro. Muy pronto Gabriel y Enrique entraron en el mundo del periodismo y prestaron servicios, también por largos años, en el inolvidable y afamado Diario "El Día" que dirigía don Ricardo Jaramillo. Allí, en ese mundo de tantas redes y encrucijadas, tuvo lugar nuestro encuentro definitivo. Allí se hermanaron nuestras esperanzas y nuestros rumbos. Y seguimos entonces por los mismos caminos persiguiendo las mismas metas. Disponíamos de una gran energía: la de la juventud y la de una buena suma de inquietudes de orden intelectual o cultural .

Un estado de postración pasajera me impidió estar presente en los funerales de Gabriel Garcés en 1965, pero hice el elogio del gran amigo en las columnas del Diario "El Comercio". En 1976, en el acto de homenaje que el Ministerio de Salud Pública rindió a la memoria de Enrique Garcés tuve una intervención emotiva saturada de añoranzas, recuerdos y evocaciones. Antes por la muerte de Gabriel y ultimamente por la de Enrique mis palabras solo pudieron ser de conmoción espiritual.

En esta oportunidad y de acuerdo con la gentil invitación que se me ha

hecho, mi referencia es especialmente para Enrique Garcés, el hombre, el intelectual, el colega del periodismo que fue enemigo ejemplar para lo que se ha denominado el tiempo inmóvil. En verdad, Enrique pudo aceptar todo, menos la inmovilidad infecunda, la quietud improductiva. Lo que le caracterizó precisamente fue su espíritu absolutamente inquieto. rico en ilusiones, proyectos, iniciativas, en aventuras siempre nobles, a veces desorbitadas. Jamás comprendió aquello de la marcha sobre el mismo terreno. No, de ninguna manera, porque él iba, agitado, vehemente, de un sitio a otro, de un campo de horizontes claros a otro de cielos encapotados. Nunca dio por terminada una misión, de manera que seguía adelante con tenacidad y euforia.

Con frecuencia se manifestaba burlón y alegre, nadando en un mar de confianza y optimismo, pero no dejaba, de repente, de entregarse al desaliento. No entendía, no quería ni podía entender las manifestaciones de la injusticia llevada a los peores extremos. ¿Por qué, pero por qué sucede todo eso, toda esa monstruosidad?, se preguntaba airadamente al referirse a hechos y experiencias tan comunes, en el campo de la problemática socio-económica. Gritaba entonces su amor por lo justo y gritaba más porque se daba cuenta que en el mundo de los mercaderes tienen pocas o ninguna resonancia las declamaciones sinceras, desinteresadas, de buena voluntad.

Su misma, apasionada inquietud, infundía alegría en ese ambiente, en esa casa de recuerdos imborrables que fue el Diario "El Día". Era conveniente trabajar con su compañía porque muchas veces nos ponía a salvo de dudas y temores. El Diario era combativo, enérgico, vibrante, y esto le satisfacía totalmente a Enrique Garcés porque se sentía en el medio que le correspondía. Fuera de "El Día", Enrique respiraba trabajosamente o se manifestaba incómodo. Pero no por esto permanecía inmóvil, ni mucho menos. Al contrario observaba e investigaba por todas partes, siempre curioso, siempre con el deseo de descubrir o aprender algo nuevo. Por esto mismo afirmamos en todo momento que Enrique aprendió a conocer la vida, viviéndola, viviéndola intensa y hasta dramáticamente.

Fue un indigenista, no de academia ni de investigación técnica, sino de pasión desbordante y altiva y creyó en la causa de los indios, resueltamente. Por esto se explicó el seudónimo de Tupac-Amaru que usó para sus artículos de

periódico y más tarde toda su propaganda para el héroe Rumiñahui del que habló con orgullo, en alta voz. Su inclinación por la medicina social que no se ha comercializado le llevó a concretar su admiración por Espejo cuya biografía la escribió buscando fuentes de documentación e insistiendo en su estilo de admiración por lo grande o por lo que ha significado grandeza en el proceso de formación de la nacionalidad ecuatoriana.

Su ánimo a veces juguetón y travieso, aparentemente no se armonizaba a veces con la seriedad acaso prematuramente definida como la nuestra. Pero había en lo esencial la armonía de los contrastes de manera que la euforia de Enrique y nuestra duda metódica se complementaban y daban al final una sola impresión: la de objetivos comunes que perseguíamos con distintos estilos pero con el mismo plan. De esta manera el equipo de "El Día" trabajaba con toda la coordinación indispensable. Gabriel y Enrique Garcés, Jorge Reyes, Fernando Chávez Julio Troncoso, Carlos Aníbal Jaramillo y yo tuvimos la misión de romper lanzas con las falacias de la política, el imperio de oligarcas siempre disfrazados de patriotas o de patricios, las explotaciones y desigualdades temerariamente injustas, y la misión fue cumplida, momento a momento, con las manifestaciones de júbilo de Enrique Garcés, con su insignia de buen honor.

Fue tan densa la idea de posición periodística que habíamos asumido y tan abundante en situaciones de peligro y de coraje, que nos pareció que en ese período habíamos vivido largamente y que aquello fue hace una eternidad. Las experiencias quedaron sembradas, las jornadas fueron terminándose una a una y al llegar al otoño, para los que se fueron, como Enrique Garcés, solo queda de nuestra parte el tono solemne pero suave de la añoranza. Desde nuestro atardecer todavía columbramos aquella luz mañanera en la que se bañó el alma del amigo inolvidable.

Enrique Garcés, Médico y Escritor

RICARDO DESCALZI

En este nuestro país, donde las profesiones eran escasas y la calidad cultural del hombre se hallaba circunscrita a una élite, constituía sorpresa y provocaba desazón en las mentes orientadas a una sola actividad, el que un espíritu pudiera acoplar en sí dos disciplinas aparentemente disconformes, para los ingenuos y legos en sensibilidad intelectual: el ser médico y a la vez escritor.

Dura fue para Enrique Garcés y los que llegamos tras él, imponer la personalidad bivalente denegada, atacada y vilipendida por colegas y gentes apartadas de las rutas del conocimiento artístico. En las mismas aulas universitarias, cuando las primeras expresiones estaban en agraz, surgía la duda en los compañeros, la indiferencia y hasta la incisiva burla de los maestros, para quienes demostraban talento hacia otras disciplinas que no se englobaban dentro de las ciencias médicas. Es que en aquellos tiempos no había más receta magistral que el ser médico o no serlo y fue Enrique Garcés, en sus años universitarios, quien rompió este aforismo sin escape, trizando la sapiencia de los intocables, para demostrar con su talento y ese talento puesto a disposición de sus emociones, que en vez del divorcio que se pretendía establecer entre la calidad de médico y la sensibilidad de escritor, estos dos caminos convergían, para dar sutiles, delicadas y brillantes creaciones. Aún hay facultativos que no se explican como un médico puede ser escritor, sin comprender que el médico tiene a su alcance los recursos proporcionados por sus propias disciplinas, para desarrollar con ellas obras de impacto y de estremecedora estructura literaria.

Enrique Garcés no dio importancia a las críticas que rondaban a su torno, porque su calidad anímica era un torbellino de emociones, que la medicina vino a reforzar y a orientar. Allí está su primer ensayo escrito en sus años de estudiante: "Bajo una lluvia de balas", donde puso su sentido de observación, las calidades innatas de un buen narrador, al describir las escenas patéticas y vividas en el Hospital San Juan de Dios, en esa cruenta lucha de los llamados ;cuatro días! , donde los hombres pelearon con odio hasta el exterminio.

Y luego más adelante, con esa ayuda *invalorable* del psicoanálisis crea su primera pieza dramática: "Boca Trágica", donde presenta el caso de catatonía típico, demostrando con sólo este hecho, sus hondos conocimientos sobre esta ardua especialidad médica.

Ya en su vida profesional, el facultativo se orienta hacia algo que *ardía* en su sangre: el problema social y por eso da sus espaldas a la clínica y a la cirugía, para dedicarse, entregando sus esfuerzos y sus energías, al problema sanitario, a este campo fundamental de donde surge y se mantiene la vida, cuando sus condiciones son óptimas. Su lucha tenaz la encamina a hallar soluciones para el pueblo que se debate en la pobreza, vigila que ese pueblo goce de los beneficios de la medicina preventiva y se esmera en manejarla, para de ese modo salvar numerosas vidas entre la población infantil, que representa el ciudadano del futuro.

Pero en su trabajo tesonero como sanitario, no olvida su vocación de escritor. Ha llenado en su juventud numerosas páginas de El Día, el diario liberal de Quito y ahora en la madurez intelectual, levanta velas en el camino del teatro, con sus obras "Alondra" y "Lo que no pudo ser", para luego entrar en el estudio de los vericuetos del alma del hombre, en esas sus biografías de Rumiñahui, Marietta de Veintimilla, Sor Juana Inés de la Cruz, obras que honrarían a cualquier escritor, pero que toman mayor proyección, cuando ese intelectual es a la vez un médico. ¡He aquí lo interesante y valioso!

Aquellos que criticaron sus primeros pasos, los maestros que, fija la mirada en el texto, ignoraban los secretos del espíritu de su discípulo, han pasado a confundirse en el polvo del olvido, mientras la figura de Enrique Garcés, del médico y escritor Enrique Garcés, va creciendo día a día, cimentándose, no sólo en los tratados y antologías literarias, sino en la historia de la medicina ecuatoriana, como un pionero valioso en la sensibilidad social.

Enrique Garcés fue un médico y un artista, cumplió su destino y cumplió con los dictados de su talento y de su corazón. Yo creo que más que un médico fue un intelectual y un artista.

Enrique Garcés, Nuestro Lúcido Alucinado

GUSTAVO A. JACOME

Todos le llamábamos, afectuosamente, "el loco Garcés". Amigos, alumnos, conocidos. Para nosotros, los otavaleños, era nuestro lúcido alucinado. Su "locura" era trascendente, contagiosa. Era el motor de las grandes realizaciones, de las acciones en grande, hacia las cuales arrastraba, seducía, subyugaba. Lo vimos comandar el primer censo nacional. Fue, como su biografiado "Médico y Duende", el pionero de la higiene pública, y a él le correspondía ser el primer Ministro de Salud. Estudiante de Medicina todavía, expuso su vida por salvar otras vidas en "la guerra de los cuatro días". Le vimos iluminado por las llamas del incendio de la Universidad Central, allá por el año de 1930, salvando los libros de la biblioteca, mientras gritaba desorbitado: "¡Los libros! ¡Los libros! ¡Salvemos la cultura!".

Vivía siempre como en trance, en levitación de sus ojos visionarios. Como periodista, fue el célebre "Túpac Amaru", luchador por las causas nobles, desde las columnas del paradigmático diario "EL DIA". En sus arrebatos por el bien general, algo dijo acerca de la educación nacional que ya había iniciado su incontenible descenso hacia la mediocridad. Y tuvo que hacer frente al desafío de un debate público con el representante del Sindicato de Educadores de entonces. Respaldando a Enrique Garcés estuvieron los universitarios, cuando los universitarios eran estudiantes.

Periodista, dramaturgo, biógrafo, Enrique Garcés se prodigó en muchos géneros, y en todos ellos, con singular acierto. Exaltó en sus biografías los valores aborígenes: Espejo y Rumiñahui. Sabía que en ellos se encarnaba el orgullo de la autoctonía. Y los inmortalizó de perfil en nuestra historia. Habrá que releer los libros de Enrique Garcés y sus ingentes crónicas periodísticas para

justipreciar en debida forma el mensaje que nos dejó. Habrá que recolectar el chisperío de su ingenio prodigado en tantas anécdotas, en esos sus decires de gracia alucinante y a través de los cuales reveló la inmanencia de su talento.

¿Y qué decir de su amor a Otavalo? Enrique Garcés amó a su tierra natal con su congénita locura. La amó, no como a una madre, como a una mujer, apasionadamente. La quiso grande, progresista. El sugirió y patrocinó todo programa de adelantamiento. Fue obsesión suya hacer de Otavalo un centro de turismo. Inspiración suya fue la institución de la Fiesta del Yamor, con la tierra madre convertida en eucaristía para la comunión anual de los otavaleños, en un rito anteico: "Tomad y bebed, esta es mi sangre". Inspiración suya la exaltación en Otavalo de todo lo autóctono. Quería en alguna de nuestras plazas un monumento a la estatuaria longa otavaleña. Inspiración suya el adecentamiento de la Gruta de Monserrat. "No seamos tontos -decía con esa su conocida euforia-. Hagamos de esta Gruta una levenda mística. Nos inventemos unos milagros. Yo me presto para mentir, para decir científicamente que esta agua cura todos los males del cuerpo y del alma".

"¿Qué hizo Ud., Enrique Garcés, para nacer en este paraíso?" oíamos a un intelectual colombiano preguntarle, deslumbrado ante la hermosura de la tierra otavaleña hasta la cual le había llevado, desde Quito, para presentársela con jactancia entre filial y enamorada. Era una tarde de laguna y gaviotas. Enrique, con la emoción casi licuada, le contestó: "Quererla desde antes de nacer".

La ternura que se desborda en esta respuesta se aúna a la hondura filosófica. Quererla desde antes de ser. Desde el ancestro. Desde los lagos en aleteo. Desde la edad del monte bisabuelo. Desde los trigales en oro estremecido. Desde el reguero de mieses por valles y lomeríos. Desde la musiquilla de rondador de nuestros riachuelos. Desde todo este emporio de donosuras que es la tierra otavaleña, en cuya matriz se formaron nuestras neuronas, nuestros huesos, a su imagen y semejanza, y a la que algún día nos restituiremos, en un abrazo de eternidades.

"¡Quererla desde antes de nacer!" Por siempre. Para siempre

Evocación de Enrique Garcés

ALFREDO PAREJA D.

Amaba más el campo que la ciudad, y más al hombre, aunque él venía de esos lados ecuatorianos donde la belleza es tan profunda, que a veces infunde el temor de dejar las cosas en su sosiego para verlas mejor. Quizá consistió en ello la infatigable actividad de Enrique Garcés, con la que se libraba de la tristeza y la soledad que el dolor humano, contradictoriamente con el paisaje, le traía en la voz de los desposeídos de su propia tierra. Se pondría entonces a soñar Garcés, en caminos, como el gran Machado: "Yo voy soñando caminos - de la tarde. ¡Las colinas - doradas, los verdes pinos, - las polvorientas encinas!" y a caminarlos, en constante descubrimiento, otra vez como Machado: "Y cuando llegue el día del último viaje - y esté al partir la nave que nunca ha de tornar -, me encontraréis a bordo, ligero de equipaje, - casi desnudo, como los hijos de la mar".

Unos más desapercibidos que otros, todos con la certeza de llegar al lugar que no se sabe, para poder aprender, en ese gran desconocimiento de sí mismo, lo que no se pudo en la vida corporal; todos van por ese camino a ese, por desconocido, ningún fin. Enrique Garcés se ha adelantado a varios y otros a él se adelantaron en el puente de la nave, unos con lentitud, otros con prisa, pocos con la febril actividad de trabajo para los otros, que fue la naturaleza misma, la facultad íntima, la justificación de la existencia de Garcés.

La prisa lo consumía como una llama. En este o en otro oficio, dolién-

dole el dolor del indio sobre la dulzura de la tierra, capturada por los demonios de la codicia. Médico fue, para los pobres; Director General de Sanidad, para los pobres; Consejero Médico del Seguro Social, para los pobres; Secretario General de la Casa de la Cultura, para ayudar a dirigirla hacia la denuncia favorecedora de los pobres; Adjunto Cultural en México, para observar qué ocurrió allá con los hijos pobres de la Revolución; Subsecretario de Educación Pública, para alfabetizar pobres; Profesor en el Mejía, en el Colegio Militar Eloy Alfaro, en la Universidad Central, para enseñar lo que se debe hacer para salvar a los pobres; periodista para denunciar a quienes más hacían padecer a los pobres...

Y junto a esa actividad, contra el tiempo bregando, libros y artículos, con su gran hijo mayor, "Eugenio Espejo, Médico y Duende" que es la más completa presencia, por dentro y por fuera, del indio genial, padre del movimiento independentista, ilustre investigador científico, pensador de asuntos novísimos arrancados a los antiguos, inspirador del mismo Garcés, porque el uno, el maestro, como el otro, de verse cara a cara con el dolor humano del cuerpo, pasaron a escritores para contar el del alma a sus compatriotas y procurarles remedio.

Su fervor por lo indio, en este hombre inquieto y exaltado, creadoramente nervioso, le llevó a escribir la vida del rebelde y orgulloso Rumiñahui, en una biografía de arranques épicos, con héroes vociferantes como lo son siempre los de la epopeya. Años más tarde, su fervor vino a contarnos el alzamiento del Duchicela Fernando Daquilema, en "Daquilema Rex", que reclamó lo suyo y lo de sus subordinados, nada más, la tierra, y por reclamarla murió bajo los fusiles de García Moreno, el gran señorito todavía español y colonizador, que, bastante después de Mapasingue, insistía con Napoleón el Pequeño que mandase diez mil soldados y mil caballos franceses, para hacer la "felicidad" de estos indios a punta de bayoneta, y darle a Francia un pedazo de gloria en ricas tierras, mejores que las ya arrebatadas a México, con el aplauso garciano.

Mucho más escribió Enrique Garcés, por y para los demás, rescatando figuras como la de la Generalita Marietta de Veintimilla, o rindiendo el espíritu ante la fina poetiza mexicana, Sor Juana Inés de la Cruz; o estimulando el tea-

tro nacional, incipiente eterno. con "Boca Trágica", "Alondra", "Lo que no pudo ser": o dejando en vivo reportaje un terrible testimonio, "Bajo una Lluvia de Balas", que él con varios otros médicos, padeciera en el San Juan de Dios, durante los cuatro días de la locura bonifacista.

Para evocar directamente, en fin, al autor y al amigo, quisiera tomar del libro que de él prefiero unas líneas de sus páginas finales: "Una tarde subí al Cementerio de 'El Tejar', llevando las cuartillas borroneadas que debían convertirse en este libro. Iba haciendo el mismo recorrido que hizo el cortejo para llevar los restos del doctor Espejo.... Bajo la imponderable Ermita de San José hoy abandonada....., hay una catacumba tenebrosa, fría, húmeda.... En esa cripta se enterraron los soldados y tenientes del Ejército Patriota, que el 24 de Mayo de 1822 derrotara a España, en la escarpada vertiente del Pichincha Ya todos juntos, sin distingos de grados.... Todos, soldados rasos: Espejo y Calderón, capitanes y cabos, han mezclado su último calcio.... La luz de la linterna que llevo, descubre agujeros espantosos, donde reposan húmeros y radios y cúbitos que fueron palanca para la pluma o la espada. La tierra es negra y mojada.... Y cuando me aturde el silencio de la catacumba.... me ha parecido que por mis espaldas se deslizó rápida la sombra de un duende..... El duende arroja piedras constantemente.... Eugenio Espejo, con insistencia reveladora, se llamó él mismo "duende"... Espejo arrojó piedras sin desmayo, libros, periódicos, volantes, sociedades, pasquines, cruces de tafetán, discursos, peroratas, catequizaciones, desafíos, insultos, revoluciones, sermones, versos, planes educacionales, pleitos, risas, hasta formar un promontorio donde se tropezaba y se caía todo el mundo. Pero las advertencias fueron inútiles..."

Pudiérase decir que Garcés tomó a Espejo como el modelo único que le estimulase a vivir, en esa constante actividad al servicio de los otros, que hace olvidar y soportar la personal existencia.

Quito, junio 1976.

Un enamorado de Otavalo: Enrique Garcés C.

MARCELO VALDOSPINOS R.

Con melancólico sentimiento de pesar el pueblo otavaleño recibió, no hace mucho, la infausta noticia del fallecimiento de un hombre de la cultura, del Dr. Enrique Garcés C., médico, periodista, maestro y sobre todo gran otavaleño.

Fue de aquellos otavaleños que llevaron muy en alto el nombre de la tierra. En toda circunstancia que su posición de hombre importante le deparó la vida, sentíase orgulloso de su otavaleñidad y anhelaba toda la grandeza para la parcela que le vio nacer.

Quienes pertenecemos a esta nueva generación tenemos la misión ineludible de recorrer el velo del pasado y rescatar nuestros verdaderos valores que constituyen el más preciado patrimonio humano. Y luego de encontrarlos lanzar a todos los rincones su valer histórico. Tal es el caso del Dr. Garcés que por sobre todas sus cualidades está la de ser profundamente otavaleño. De sentir a cada instante de su vida su Otavalo, de abrigarlo en su alma, de soñar fecundamente con ese exquisito aroma primaveral que inspira el Valle del Amanecer. De salpicar esperanzadas sus "lúcidas alucinaciones".

Su figura era inconfundible: alto y grueso, mirada inquieta y penetrante, campechano y alegre. Sabía reír y sonreír con gesto jovial, tomando a la vida por su lado positivo, sin frustramientos, sin amargura.

Desde muy joven, obligado por su estudio y profesión, se afincó en la ciudad de Quito. Allí fue su centro de actividades intelectuales y donde supo conquistarse el aprecio general por su don de gentes, gran sentido de la amistad y a su vez, y esto lo importante, por su incansable obra cultural, concretada en el libro, el periodismo y la conferencia amena y chispeante.

Profesor por más de cuarenta años, en la Universidad Central y el Colegio Militar; Miembro de la Casa de la Cultura; Presidente y Fundador de la Unión Nacional de Periodistas y otros centros culturales. Muy joven desempeñó la Subsecretaría de Educación y representante cultural de nuestro país en México. Realizó estudios universitarios en España e Inglaterra. Fue uno de los médicos mejor preparados pero no ejerció por preferir el periodismo mal remunerado. Cuando era preguntado del por qué no ejercía su profesión en la cual sus colegas habían hecho mucho dinero, él respondía con sencillez pero filosóficamente que: "para ejercer la profesión, el médico se veía precisado a transformarse en un sádico por cuanto al paciente había que prohibírsele las cosas más sabrosas con que la naturaleza ha dotado a las criaturas humanas". Pues él era de otra levadura.

Sus principales obras como escritor son las siguientes: "Bajo una lluvia de balas", "Por y para el niño", "Biografía de un Bicho", "Eugenio Espejo Médico y Duende", "Rumiñahui", "Marietta de Veintimilla", "Daquilema", "Boca trágica", "Elogio a Quito".

El Dr. Benjamín Carrión al respecto dice: "...Enrique Garcés es un ejemplo de honestidad intelectual, por su entrega integral a las obras y las iniciativas de cultura, por su fervor contagioso y benéfico por todo lo que sea hacer o proyectar, en bien del hombre de su tierra, y de la patria misma.

Su obra de periodista es sin tregua. La prensa cotidiana del país registra sus escritos firmados, con pseudónimo, sin firma. Y al propio tiempo, por ese sendero edificante de la novela y de la historia al par, que es la biografía...."

"El temperamento de Garcés es torrencial. Es probable que su larga permanencia en el periodismo haya dado a Garcés esa soltura para escribir, esa facilidad de ir libro adentro sin cobrar aliento. La vitalidad que derrocha es asom-

brosa. La figura del héroe emerge del torrente engrandecido por la hazaña, por la leyenda, por el entusiasmo del autor", asevera Alejandro Carrión.

Como aporte al Teatro produjo "Boca Trágica" en torno a la cual existe el siguiente antecedente: Un grupo de estudiantes otavaleños resolvió escenificar tal drama. Con ese fin fueron a solicitarle al Dr. Garcés el libreto de la obra, pero se toparon con la novedad de que en un momento de depresión del autor lo había lanzado al mar en un viaje realizado a Europa. Ante la insistencia de sus paisanos fue reconstruida la pieza dramática en dos noches y de esta suerte pudo ser representada en el Teatro Bolívar de Otavalo.

Bien se podría formar un verdadero anecdotario sobre sus famosas ocurrencias propias de un hombre inteligente, muchas de las cuales las transcribía en "Instantáneas" del fenecido periódico "El Día" en el que escribió bajo el pseudónimo de Tupac-Amaru.

En un turno nocturno que le correspondía al Dr. Garcés pudo comprobar que por diferentes motivos no habían concurrido sus compañeros y colegas de periodismo por el cual él redactó solo la página editorial, ante la admiración de un grupo de estudiantes.

Por esa capacidad creativa el Dr. Julio Endara enfatizó su personalidad y la definió: "El juvenil vigor que lo anima, su sinceridad a flor de piel, el aliento apostólico, la capacidad de admirar, el orgullo del sentimiento nativo, la gracia de la expresión, la calidad del juicio".

Para escribir la biografía "Eugenio Espejo, Médico y Duende", se arrendó un departamento en casa del mismo protagonista. Las piezas eran oscuras, lúgubres y se encontraban bajo el nivel de la calle. Para alumbrarse había necesidad de encender velas. Por aquella época el Dr. Velasco Ibarra había ordenado buscar al Dr. Garcés para conferirle el elevado rango de Ministro de Educación, pero fue imposible localizarlo ya que él se encontraba en su cubil en plena faena literaria de Médico y Duende.

Dn. Augusto Arias, sobre este libro, afirma: "El libro de Enrique Garcés Eugenio Espejo, "Médico y Duende", es el reencuentro de esta altísima nacionalidad. El titular se justifica plenamente en tan importante narrativa. Allí

vemos al doctor atisbante que otea, descubre, vigila, ausculta, anuncia, despeja..."

Fue un otavaleño que escribió sobre la tierra en forma permanente. Hombre eternamente preocupado del destino de su patria chica, vivió plenamente la celebración de la efemérides del 31 de octubre, en cuyas vísperas reunía a grupos otavaleños para organizar variados programas radiales en los que exaltaba el valor indígena de Otavalo.

"Otavalo tiene, mantiene y retiene una vocación, una devoción y una resolución por ser libre y culto. Otavalo entiende que no hay posibilidad de libertad sin cultura y que no puede existir cultura sin libertad" decía el Dr. Garcés. Tenía cuentos y episodios sobre personajes populares y su objetivo era recopilarlos en un solo libro. Un cuento de ese grupo intitulado "La Perejila" conquistó un premio literario. Perejila era una mujer muy conocida en el Otavalo antiguo. El mismo doctor Garcés lo definía así: "Noble mestiza, juzgaba a los jueces, alguacilaba a los alguaciles, sofrenaba a abogados, tinterillos, clérigos y rábulas. No sabía de Códigos ni de Leyes hechos por gentes blancas, pero ardían en su mestizaje las más altas y puras sentencias de la libertad y la justicia. Abogada perfecta de los débiles, paño de lágrimas de los humildes, al mismo tiempo caudillo y madre, suma matemática de un grito lacerante de Libertad y de un grito admonitivo de Justicia".

Como gesto de su entrañable cariño a la tierra ejecutó la impropia tarea de realizar el censo de otavaleños en Quito. Se paraba en los portones y con voz gruesa y estentórea gritaba: "¿Aquí viven chagras de Otavalo?"

Siempre valorizó positivamente al otavaleño "Cada otavaleño tiene encerrado en su vida un poco de Taita Imbabura. De la montaña paterna somos llevar encendida, ardiente y crepitante, la llamarada cárdena y purificada del amor al suelo donde nacimos, entre esos pañales dorados de una vocación esencial por la libertad y la cultura", decía.

Es de grata recordación el siguiente pasaje de su vida. Llegaba el Presidente Velasco Ibarra junto con la colonia de otavaleños residentes en Quito, al Lago San Pablo a donde habían sido invitados por el I. Municipio, para elegir

un lugar apropiado donde debía levantarse el muelle. Llegado el momento de las decisiones surgió la grata coincidencia entre el parecer del señor Presidente y el del Dr. Garcés sobre un sitio desde el cual se apreciaba el panorámico marco de la laguna. En vista de la similitud de ideas el Dr. Velasco -en una de sus clásicas intervenciones violentas- miró hacia el Dr. Garcés para decirle: "Ud. Dr. Garcés es el único que me comprende". Ni corto ni perezoso y con mucha sutileza le respondió: "Y no puede ser de otra manera señor Presidente si los dos somos los únicos CUERDOS que habemos en este país". La reacción del Dr. Velasco y público que los rodeaba fue de una amplia carcajada, pues todos los presentes sabían que al Dr. Garcés también lo moteaban cariñosamente de "loco"

Siempre el Dr. Garcés fue uno de los defensores apasionados de la raza indígena. Su obra está a la vista. Allí la Plaza Indoamérica en la U. Central, allí el busto a Rumiñahui en Otavalo, allí su palabra, sus libros y su actitud. Es que su querencia a Otavalo, su lealtad al solar nativo, lo llevó a estructurar en su mente y en su corazón una ideología de defensa y difusión de los valores indígenas y mestizos.

Se fue suspirando el último aliento por su tierra, por su Otavalo. Y nosotros añoramos su figura, la misma que debe transformarse en el compromiso de seguir su ruta por el insondable camino de respeto, amor y engrandecimiento de nuestro Otavalo eterno.

El nombre del Dr. ENRIQUE GARCÉS debe perpetuarse designando - alguna Institución o lugar público en su memoria, como lo acaba de hacer Quito denominando al Hospital del Sur con su nombre.

BIBLIOGRAFIA

- Anécdotas recordadas con infinito cariño y respeto a la figura del Dr. Enrique Garcés por la memoria fresca de mi padre Dn. Jorge Enrique Valdospinos.
- El Nuevo Relato Ecuatoriano - Dr. Benjamín Carrión.
- Panorama de la Literatura Ecuatoriana - Dn. Augusto Arias.
- "Eugenio Espejo, Médico y Duende" - Dr. Enrique Garcés.
- Revista Nuca-Huasi No. 2 - Otavalo

Despedida para un Duende

EDUARDO VILLACIS M.

Conocí a Enrique Garcés cuando fue a entrevistar a mi padre para su libro "Los Maestros de Cerca". la última vez que lo ví estaba en la Sala de Cuidados Intensivos del Hospital, muy fatigado, como alguien que ha caminado a prisa para no perder el último tren hacia la noche.

De estos años, recuerdo siempre su amplio gesto de amistad, su ademán de dar siempre la mano para estrechar la de todos, aún la fría garra de la muerte.

Existen hombres que nacieron para ser temidos, otros para ser admirados, los más para ser olvidados, unos pocos entre los que estaba, está, Enrique, para ser queridos.

Entre los médicos "prácticos", Enrique Garcés fue considerado como "literato", por no haberse consagrado al estrecho —aunque luminoso— ámbito del hospital. Pero Garcés fue un visionario, médico conjugado en futuro y no podía avenirse a la tarea de "accesorista" de la medicina, parcelero del riñón, el corazón o el hígado. Él fue un Adelantado de la Medicina: el hombre sano desde antes de nacer gracias a la Medicina Preventiva; el hombre sano sí, pero también alegre, y sobre todo, libre, porque Enrique Garcés aprobó todas las materias para especialista de la libertad.

Fui su alumno en la Cátedra de Higiene y Salubridad de la Facultad de Medicina, donde siempre brilló por su imaginación creadora, su *palabra explosiva*, su ancho *palpitar* en favor de las clases pobres del país abocadas a vivir en condiciones tales que podríamos decir que en Ecuador no existen *clases sociales* sino *clases higiénicas*.

Recuerdo que, con motivo de las pruebas de fin de año, nos encargó monografías sobre los derechos de los pueblos en el terreno de la salud, no olvidaré el estímulo que me brindó al señalarme como tema el derecho de los habitantes de una ciudad a disfrutar de un girón de cielo, esa "*pequeña propiedad arada de nubes*" ahora amenazada por el imperialismo de los rascacielos.

Así era Enrique Garcés, hombre de mirada en alto y los pies dolidamente puestos en la tierra, en su tierra, puesto que en su obra literaria, en sus escritos médicos, en sus clases y conferencias se respiraba hombre y paisaje ecuatorianos.

Pero, personalmente, admiré a Garcés, sobre todo, por su bondad para con los desvalidos y su emocionante altanería frente a los poderosos del mundo; por ello, quizá, siempre escribió sobre los vencidos por los hombres y *vencedores* de la eternidad: Rumiñahui, Daquilema, Espejo.

Sobre todo, Espejo, el genial médico mestizo, prioste de la fiesta de la Patria nueva, quien, como tal, encendería en América los fuegos artificiales de la guerra de la Independencia. Si hubo algún médico que heredó su vocación por la Higiene y la Libertad, ese fue Enrique Garcés.

El Ministerio de Salud ha tenido el acierto de poner su nombre al Hospital del Sur de Quito: zona de gente pobre y generosa a la que amó entrañablemente Garcés. Allí estará a sus anchas, en los grandes patios "*por y para los niños*" enfermos, en los grandes ventanales con la primera urbanización del cielo.

En el Sur de Quito y frente al Monte Rumiñahui, por siempre, su recuerdo.

Enrique Garcés o el genio de la simpatía

JUAN VITERI D.

Cuando Alvaro San Félix me entregó la invitación del Instituto de Antropología, para que escribiera sobre Enrique Garcés -que pese a su talla aventajada, mucho tenía de lechuza y de duende-, deambulaba, con un grupo de alumnas, precisamente por los pasillos del edificio en que se aloja aquella institución otavaleña que ya es un orgullo ecuatoriano. ¿Desde qué ángulo miraría yo a Enrique Garcés, médico, dramaturgo, novelista, biógrafo, promotor de la vida social como el tábano del que hablaba Sócrates y periodista nato? Cuando recapacité sobre el asunto, me dije a mí mismo: desde aquel en que Enrique Garcés era incomparable y superior a todos, desde el dombo de su simpatía actuante que era la fuente de su posibilidad creadora y de su facultad de mover a los demás. Y convengamos, de paso, en que sólo a un filósofo, Enrique Bergson, se le ocurrió reparar en la simpatía como en una vertiente de creaciones.

A Enrique Garcés debió ocurrírsele algo que no se le ocurre a nadie: ¡entregar un pergamino de cariño y gratitud al profesor de matemáticas! Tenía por entonces apenas 17 años. Pero ya había en él, como una dote, aquello que mencionara divinamente Remigio Romero y Cordero: "no sé qué suave manera de tratar" a los demás. El profesor de matemáticas era un otavaleño: Carlos Alberto Viteri Guzmán, mi padre. El pergamino rezaba... bueno, decía lo que dice casi todo pergamino, pero lo firmaban a la cabeza Gabriel y Enrique

Garcés, alumnos del Teodoro Gómez de la Torre de Ibarra. La humanidad vivía los tiempos de la primera post-guerra, pero el Ecuador distaba de ingresar al riacho de la Historia Mundial. Estábamos como a la orilla, en espera de una corriente, de una torrentada, de una cargazón de aguas que nos llevara a la desembocadura en la que se *reúnen* los que verdaderamente existen. De Ibarra a Otavalo a caballo, para luego llegar a La Providencia al día siguiente y de allí a Pomasqui a tomar la diligencia. Al segundo o tercer día, Quito, la capital de las nubes. Los ricos llegaban más pronto, porque la duración del viaje dependía de la calidad de los caballos. Y sólo los ricos tenían caballos marca "roll-royce". En la ciudad había una Universidad fundada por Bolívar sobre las bases de la colonial de Tomás de Aquino y en la vejez de sus corredores, se alojaba como si fuera un mirlo para trogloditas, el tremendo fósil de un mastodonte encontrado en las faldas del Pichincha. ¡Pensar que un día el Pichincha *pas*-taba elefantes! Por entonces, por aquellos tiempos en que Enrique Garcés inventó un pergamino para el "temebum", para el profesor de matemáticas. Sólo se le podía haber ocurrido a un espíritu que nació dotado del genio de la simpatía, en posesión de ese arte, de ese instinto, de ese don que se define como no sé qué suave manera de tratar a los demás.

La simpatía de la que vino dotado, le llevó al ejercicio de todas las vocaciones. Habían en él muchas vocaciones. Un día lanzó un reto bajo el título "Biografía de un bicho". Una novela en la que se ensayaba hacer la historia completa, íntima y externa, de un pobre diablo, de un hombre en cuya continuidad biográfica entra el basurero como cosa natural. Allí hay una vibración de humanidad que el tiempo la justificará y la justifica. Y como se apasionó por un "bicho", un día se apasionó de Rumiñahui y otro día de Daquilema. A decir verdad, los sacó de la hondura en la que habían permanecido olvidados. Y Rumiñahui, sobre todo Rumiñahui, merecía volver a la memoria. Quizás desde la infancia, oyó decir a los abuelos despectivos por las cosas de la Conquista: ese indio bravo que dio qué hacer a los españoles cuando venían por tierras del Chasqui... Así era como se lo menospreciaba y en cierto modo se le proscribía. Enrique Garcés le volvió a la vida.

Falso, absolutamente falso que aprovechara de ideas ajenas al escribir la biografía de Daquilema. Con todo derecho de escritor, utilizó de una investi-

gación seca, árida y sin méritos literarios. Enrique la animó: de un pedazo de barro, forjó una porcelana. Daquilema apareció en otra proyección. Y de aquel indígena al cual García Moreno apenas se refiriera en dos o tres renglones de su mensaje presidencial al Congreso de la República, Enrique Garcés forjó un rev. un líder y un ejemplar de la raza nativa. El soplo del relojero, diría alguno. Desde luego que el soplo tiene un abolengo bíblico como instrumento de la creación biológica y antropológica.

Solía enamorarse de las cosas y los temas. Y se enamoraba hasta agotarlas. Hablaba incesantemente de aquello que había ingresado a su extraña contabilidad de romancero. Una vez despertó a medio Otavalo para proponer el embotijamiento del yamor y otra vez volvió hacer lo mismo para otra singular propuesta: prestigiar a las aguas del Socavón como una panacea, enlatarla y repartirla por todo el mundo. Quería que todo el mundo compartiera su pasión por la tierra natal. Que las aguas del Socavón llevaran un mensaje desde aquí a donde termina el planeta, hasta las columnas de Hércules, hasta Catay y Cipango, y las tierras del Preste Juan.

Si alguien demandara una prueba material de cómo era Enrique Garcés bastaría con referirle que allí donde él estaba, los demás oían: él agitaba, él hablaba, él metía a todos los demás dentro de su propio saco de pescador. Rumiñahui, Daquilema, Espejo, un bicho, el aborto, el niño, el agua, el yamor. Arrastraba consigo, No sólo que era de aquellos que merecen el noble cogno-mento de "locos", sino que enloquecía a los que le oían. Un día daba una conferencia sobre el alcoholismo que derivó en consejos y luego en un diálogo informal de todos contra todos. ¿Qué se debe hacer si uno concurre a una fiesta con su propio vehículo y se toma unos tragos? ¡Siga tomando, hasta que se duerma y sólo maneje cuando haya buenamente despertado! Consejo genial, consejo de loco sabio, debidamente celebrado.

Junto a la vertiente de su simpatía creadora, anhelaba como una luz delicada, el amor a su tierra. Ciertamente que el otavaleño es un modelo de amorador en este sentido. Pero Enrique Garcés fue un arquetipo. Recorría las calles empedradas, con el ánimo de beberse los vientos. Golpeaba a las puertas. Llamaba a los amigos. Entregaba en una suerte de euforia que reconocía linderos con

el trance. Nunca dejó de ser otavaleño. Para él el paisanaje era algo más que un parentesco, era un auténtico y querido deber de amar al prójimo. Cuando trabajaba en el diario -tan extrañado- "El Día", en cuanto asomaba un grupo de otavaleños, escandalizaba a sus amigos y a su hermano Gabriel, inteligente y roñoso, "paisanos, están aquí los paisanos!"

Una retribución a ese amor de madreselva que abraza, se intenta con este homenaje, iniciativa del Instituto de Antropología, bajo la Dirección de Plutarco Cisneros. Un homenaje en el que tienen que entremezclarse por fuerza la añoranza, la sonrisa, la alegría de vivir, las vibraciones cósmicas de la simpatía como espíritu o genio de una personalidad. Sí, la alegría de vivir: ese es otro de los aspectos de Enrique Garcés. Vivió con alegría el don de la vida. Tal vez la derrochó un poco como derraman los vasos pletóricos. Estaba excesivamente cargado y por fuerza tenía que ser así. Ahora reposa en paz, en dulce paz. De su paz merecida a la sombra de don Remigio: que siente la caricia del pampero en su éxtasis tranquilo de laguna. De esa laguna en la que desembocan todos los sueños de los hombres que somos de por aquí.

Garcés, soñador de una generación

ALVARO SAN FELIX

Shakespeare afirma que el hombre está hecho de la materia de los sueños, podría añadirse que es en sí un sueño que se sueña y deja huellas en la sombra: Colón sueña con iluminar el tenebroso mar, Platón con la República ideal, San Agustín con la Ciudad de Dios, Bolívar con la independencia, Alfaro con la libertad.

Quien sueña, crea; quien crea, poetiza.

Otavaló tuvo en Enrique Garcés Cabrera un irreductible soñador, apasionado de la fábula, enamorado de lo imposible. Plasmaba lo quimérico en proyectos que tenían para todos -menos para él- la imposibilidad de lo tangible. Porque Garcés soñó por todo lo que su generación no logró soñar.

En 1951 envió al Concejo Municipal un Memorial con sus más fascinantes sueños; un cuarto de siglo después, lo que produjo sonrisas al socaire se va convirtiendo en realidades innegables. Quería que el Día del Otavaleño fuera anual convención de paisanaje con la sangre nativa volviendo al cauce del trabajo comunitario. Su sentido tribal de imbaya ejercitante lo hacía volver a la Minga como fuerza de un pueblo en lucha contra la apatía del medio.

Demencia amorosa que lo impulsaba a crear avenidas de capulicedas, moredales, eucaliptos y saucedales desde San Sebastián a Monserrate, de El Empedrado a El Socavón, barandales con enredaderas para la entrada al Hospital; balcón florecido en la curva del ferrocarril; rosales en el atrio de San Luis y vitrales en el templo para que fanales de luz acunaran la imagen milagrosa, y desde el torreón una balaustrada para mirar la campiña enamorada.

Bosque para acariciar al Machángara con caminos de musgo, o, islotes, cascadas y represas con recodos románticos para el río Tejar. Terraza-mirador

sobre Los Portales para otear el río que en eterna despedida atraviesa la parcela nativa. Pretendía que se incrementara la búsqueda del agua termal de Yanavacu y se embotellara la mineral de Las Lagartijas, y para conseguirlo se dedicó a acumular sueños, acuñar palabras, atesorar paciencia. Quería que el bronce perennizara al Cacique Saransig mirando el lomerío como embrujado eterno, que la Plaza Mayor luciera a Rumiñahui, hermanado en rebeldía con los de la Plaza Indoamérica, que el mármol fuera testimonio del aporte apasionado de la mujer otavaleña en la construcción del Hospital, o de las grandes mingas que hicieron posible la llegada del ferrocarril. Y algo más, este "demente" entusiasta proyectó un inusitado pasaje comercial que unía la esquina noroccidental del Parque Bolívar con la suroccidental de El Jordán.

Pero sus sueños van dejando de serlo, el tiempo les va dando forma. Su pasión por el Turismo que entonces lo hizo clamar en el desierto para que el Municipio administrara las riquezas del comercio, el paisaje y la artesanía, tiene veinte y cinco años después una respuesta: Yanavacu será un complejo turístico de grandes proporciones. El Comité pro Gruta del Socavón planifica zonas de jardinería, mirador y restaurante, complementando lo que fue otro de sus esposismos, se ha comenzado a rescatar la bibliografía literaria otavaleña para contar un día con la Biblioteca de autores locales.

Vos dejó deuda de admiración con el Corregidor Pablo Durango Delgadillo y con Jacinto Collahuazo, y también con nuestros antepasados gloriosos, hecho que el Instituto Otavaleño de Antropología realizará en la Plazoleta de la Otavaleñidad.

Soñador intransigente. Visionario de aquello que otros no alcanzaron a ver. Tomó de su tierra la auténtica chagritud que como bandera de grandeza demuestra su origen campesino, para sentirse igual en ideas, obras o sueños. Quiso embellecer con metáforas tangibles su tierra y en ese inquebrantable sueño vivió y murió. Cumplió su parábola vital alimentándose en su farmacia secreta hasta convertir al futuro en algo personal e intransferible.

Si Calderón de la Barca afirma que los sueños, sueños son, Garcés puede desmentirlo. Los sueños, sus sueños, se van tornando realidades. Valió la pena soñarlos como valió la pena vivir en vital angustia creadora.

¡Que sueñe ahora en paz!

Otavalo en el corazón

ENRIQUE GARCES CABRERA

(Fragmentos de artículos sobre el otavaleño, la tierra y su paisaje.)

"No hay deuda que no se pague" es frase popular, que encierra una sentencia de alto valor en la filosofía del refranero, una experiencia de los hombres que la trasladan al lenguaje rotundo. Esto de pagar las deudas, es para mí ante todo, de un hondo sentido biológico y precisamente a éste es que quiero referirme.. El paisaje influye poderosamente en la formación de la personalidad. El cacho de cielo y el pedazo de tierra donde uno nace, tienen de matriz, de guía, de alimento material y anímico. El medio ambiente, es decir el paisaje y cuantas leyes conocidas o ignoradas influyen en él, modelan las albúminas que constituyen el elemento primordial de las células. No solamente los órganos de los sentidos, sino todo el sistema de relación del individuo con el ambiente, nos mantienen íntimamente unidos al paisaje. Es decir que como en el proceso generatriz, la tierra nativa es maternal en esencia. Nos da de lactar su alimento imponderable para el cuerpo y el espíritu... El abrigo protector de una montaña puede hacernos tímidos. La anchura de los litorales puede forjar ansias de conquista.

Es en esta raíz biológica en la que se afirma el sentimiento de patriotismo. Cuando nos ausentamos de la tierra natal, la amamos con mayor intensidad y la evocamos con insistencia. Lo que hemos llamado amor y evocación,

no serán sino signos de una discordancia, de una falta de sintonía. Y esto es sencillo de explicar: entre el paisaje interior de cada uno de nosotros y el paisaje exterior en que nacimos y crecimos hay relación de armonía, de mutuo conocimiento, de familiaridad, de consecuencia... Estar ausente de aquel pedazo de tierra y aquel cacho de cielo tan profundamente "nuestros", significa existir dentro de otro paisaje que puede ser desarmónico para el paisaje interior. Lo que se llama "saudade" en portugués, no es precisamente sino eso: un dolor vago, a veces dulce, que produce la ausencia y la evocación de la patria. En castellano hace falta en verdad una palabra que equivalga a la lusitana "saudade". En castiza expresión tendríamos que emplear demasiados vocablos como nostalgia, pesadumbre, morriña, melancolía, tristeza, pena, etc. En resumen, la saudade o sus equivalentes en español, no son sino manifestaciones de la falta de sintonía entre los dos paisajes, el interior y el exterior. Y por fin, el amor al lugar donde se nace y se desarrolla se explicaría así con bases estrictamente biológicas.

Cuando las gentes se hallan lejos de la patria y saben que la muerte puede sorprenderlas en lejana tierra, sienten un intenso dolor. Puede ser tanto que, con frecuencia no bien analizada, esas gentes recomiendan que sus cadáveres, sean trasladados a la patria donde deberán ser sepultados. He aquí una maravillosa manifestación del amor biológico al lugar natal y de la expresión admirable de saber pagar a la tierra lo que de ella se recibió. Es de buenos deudores precisamente este fervoroso deseo de morir en la patria y si esto no fuera posible, de que los últimos despojos se devuelvan al suelo de la propia y generosa tierra matriz. La cuestión es pagar. No importa que el abono sea con un poco de calcio o de ceniza ya que en resumen son sólo diez mil gramos de gases a todo lo que se reduce la soberbia del hombre después de franquear el muro definitivo.

De modo que aquello de "no hay deuda que no se pague", si bien puede tener referencias a otros asuntos varios, para nuestro entender su filosofía abrumadora tiene cimientos de esa ansia humana de volver en polvo a la tierra, que no sería sino el final deseo de pagar lo que ella nos prestó para que fuésemos en el período existencial. Yo al menos, no solamente que así pienso, sino que así siento. Y no en espera de la muerte, sino como premioso amor a la

madre tierra en tanto viva.

Otavalo es una comarca y una ciudad que han sabido superarse. Por algo será que uno de los Corregidores, explicando al Rey de España, le mandó decir que Otavalo quería decir en lengua vernácula "Tierra que se levanta". Quienes hemos nacido y crecido en Otavalo tenemos una orgullosa satisfacción de expresar que de allí somos. Contrasta esta actitud con la que con frecuencia vemos en otras personas atacadas del complejo de inferioridad y que ocultan el lugar de su nacimiento... Esta íntima satisfacción que los otavaleños sentimos por ser otavaleños, es una consecuencia de la bella sintonía que existe entre el paisaje interior y exterior. Pujanza, nobleza, esfuerzo, trabajo, triunfo, podrían ser los exponentes de estos paisajes. En cada otavaleño hay mucho de "Taita Imbabura" he repetido siempre porque la señora y tutelar montaña de la comarca es gallarda, serena, admonitiva, decidida. Tierra y hombre se complementan. Y de este complemento aflora, bellamente, la afirmación de que solamente amor con amor se paga.

.....

En el lugar donde nacemos y donde vivimos la infancia, se va forjando nuestro cuerpo y nuestra psiquis. Todo el medio ambiente influye en esta lenta formación. La sombra de un árbol, la brisa, el color de los prados, el perfume de la tierra, todo, todo ha prestado algo para integrar lo que somos... la vibración, los hábitos y costumbres del vecindario, la influencia de personas próximas, en fin todo cuanto en el medio ambiente flota y de lo que a veces no nos damos cuenta. Es decir un paisaje externo que es capaz de forjar el paisaje interno de cada individuo.

El sentimiento de patriotismo tiene mucho de saudade. Se ama afanosamente el lugar natal porque, en resumen, no es sino la gratitud psico-fisiológica de la persona al cacho de tierra y de cielo en donde nació y se formó. Por extensión de un lindero nacional surge el patriotismo. Es aquí cuando hallamos la profunda equivocación del nombre de patria. Debió haberse llamado "La Matria" a la patria, tal como alguna vez insinuó Unamuno. Matria tiene fundamento biológico. Lo que la naturaleza hace con cada uno de nosotros, se asemeja grandemente a lo que hace la madre en la gestación y el parto.

.....

El individuo al llegar a la madurez, después del trampolín peligroso de la Pubertad, comienza a darse cuenta de un hecho que antes no le llamaba la atención porque no podría entenderlo. Es el sentido de la transitoriedad de la vida el que le inquieta y se inicia así el temor a la muerte porque se afirma la verdad de que el hombre es finito.

El "pasar" del agua: el "atardecer" que no es sino ancianidad del día; el "caer" de las hojas secas, son imágenes que apesadumbran. La aurora nunca produce angustia. En cambio, cómo hacen sufrir los atardeceres. La Saudade es un mustiarse. Es una aproximación de la muerte, con innegable deseo de morir por la falta de algo esencial para seguir viviendo.

Esta es la verdad y el mensaje que nadie puede negar: Otavalo tiene, mantiene y retiene una vocación, una devoción y una resolución por ser libre y culto. Otavalo entiende que no hay posibilidad de libertad sin cultura y que no puede existir cultura sin libertad. Ni los oscurantismos, ni las sectas, ni nada ni nadie podrá intentar batir este inmenso basalto andino que constituye el espíritu del hombre libre y culto. Tiene raíces hondas en la entraña misma de la tierra. Amamos todas las libertades porque solamente ellas dan razón a la existencia del hombre. Amamos todas las culturas porque solamente ellas deslindan con claridad los niveles de la vida inferior y superior.

Tomad y bebed el "Yamor" para acercaros a la tierra misma y asiros a ella. Nos fortalecerá grandemente. Nos dirá que Otavalo, pueblo que se levanta es bello y magnífico a medida que es libre y culto. Cada otavaleño tiene encerrado en su vida un poco de Taita Imbabura. De la montaña paternal solemos llevar, encendida, ardiente y crepitante la llamarada cárdena y purificadora del amor al suelo donde nacimos entre esos pañales dorados de una vocación esencial por la Libertad y la Cultura. Es por esto, y por otras cosas más, que ser otavaleño es una enorgullecadora dignidad.



I N D I C E

Página

4	PROLOGO
5	ENRIQUE GARCES, MEDICO Y DUENDE COMO ESPEJO.- Benjamín Carrión
7	EN MEMORIA DE ENRIQUE GARCES.- Alejandro Carrión
10	SEMBLANZA DEL DR. ENRIQUE GARCES C.- Alfonso Cisneros P.
14	RECORDANDO A ENRIQUE GARCES.- Laura de Crespo
16	ENRIQUE GARCES.- Fernando Chávez
27	AÑORANZAS, RECUERDOS, EVOCACIONES.- Jaime Chávez G.
30	ENRIQUE GARCES, MEDICO Y ESCRITOR.- Ricardo Descalzi
32	ENRIQUE GARCES, NUESTRO LUCIDO ALUCINADO.- Gustavo A. Jácome
34	EVOCACION DE ENRIQUE GARCES.- Alfredo Pareja D.
37	UN ENAMORADO DE OTAVALO: ENRIQUE GARCES C.-Marcelo Valdospinos
42	DESPEDIDA PARA UN DUENDE.- Eduardo Villacís M.
44	ENRIQUE GARCES O EL GENIO DE LA SIMPATIA.- Juan Viteri D.
48	GARCES, SOÑADOR DE UNA GENERACION.- Alvaro San Félix
50	OTAVALO EN EL CORAZON.- Enrique Garcés Cabrera



Este Número Extraordinario de SARANCE se terminó de imprimir el 7 de julio de 1976, en los Talleres Gráficos del IOA, siendo Director Ejecutivo Plutarco Cisneros A., y Director del Departamento de Difusión Cultural Carlos Benavides Vega.

PUBLICACIONES DEL



INSTITUTO OTAVALEÑO DE ANTROPOLOGIA



